



Valeria radioactiva

Javier Daulte





Valeria radioactiva, de Javier Daulte. Foto de @ATOMOBIT
Actores: Jorge Gentile y Laura Oliva

PERSONAJES

Ficción uno:

VALERIA, 50

PERCY, 35

TITO, 19

LILI, 28

JUDITH, 39

HORACIO, 45

JULIA, 35

Ficción dos:

JULIA, aparenta 25 (*es la misma actriz que hace JULIA de 35*)

CARDOZO, 50 (*es el mismo actor que hace HORACIO*)

JANO, 20 (*es el mismo actor que hace TITO*)

AMALIA, 40 (*es la misma actriz que hace VALERIA*)

LÁRUS, 40 (*es el mismo actor que hace PERCY*)

SACHA, 42 (*es la misma actriz que hace JUDITH*)

INGRID, 26 (*es la misma actriz que hace LILI*)

Espacio:

En la ficción 1 se trata de un gabinete en casa de VALERIA.

En la ficción 2 estamos en la casa de JULIA y CARDOZO.

Muebles de estilo. Un escritorio. Quizá una biblioteca. Un sillón de un cuerpo. La entrada de la calle a la derecha. A la izquierda abertura que conduce a las habitaciones. Al fondo otra abertura, que comunica con el resto de la casa.

Valeria radioactiva se estrenó en el Espacio Callejón en septiembre de 2018 con el siguiente equipo artístico:

ELENCO

VALERIA / AMALIA	María Onetto
HORACIO / CARDOZO	Héctor Díaz
JUDITH / SACHA	Maida Andrenacci / Laura Oliva (a partir de julio de 2019)
TITO / JANO	Agustín Daulte
PERCY / LARUS	Jorge Gentile
JULIA	Inés Palombo
LILI / INGRID	Daniela Pantano
Escenografía	Alicia Leloutre / José Escobar / Julieta Kompel
Iluminación	Sebastián Francia
Vestuario	Valeria Cook
Producción ejecutiva	Javier Naudeau
Prensa	Duche&Zárate
Asistente de dirección	Gota
Dirección	Javier Daulte

Este espectáculo ha recibido las siguientes distinciones:

Terna Premios ACE Mejor Autor Argentino

Terna Premios ACE Mejor Actriz (María Onetto)

A diferencia del pintor o del escultor de un retrato realista, él podía penetrar en los pensamientos y sentimientos de su modelo, podía alterar su apariencia, podía idealizarla e inventar según su capricho.

Yasunari Kawabata, *Lo bello y lo triste*



Valeria radioactiva, de Javier Daulte. Foto de @ATOMOBIT.

Actores: Agustín Daulte e Inés Palombo

Ficción uno: Valeria radioactiva

1

Un hombre sentado ante el escritorio. Habla por teléfono.

PERCY.— Sí, sí. Todo bien. (...) Amor, yo te entiendo, pero... No hace falta que llores. No te preocupes. Después nos vemos.

Aparece VALERIA. Viste ropa deportiva. Habla sin notar lo que PERCY está haciendo. PERCY se apresura a cortar el teléfono.

VALERIA.— Anotá, anotá esto que se me va de la cabeza.

Percy (*Cortando.*) Chau, chau. Te tengo que cortar. (*Corta.*)

VALERIA.— (*Se concentra.*) La vida... es una enfermedad congénita, crónica, degenerativa, con pronóstico muerte.

PERCY.— (*Tipcando en la lap top.*) Pará. «La vida es una enfermedad crónica...»

VALERIA.— La vida es una enfermedad congénita...

PERCY.— «Congénita».

VALERIA.— ... crónica... ¡incurable...!

PERCY.— ¡Incurable?

VALERIA.— Incurable. Degenerativa. Con pronóstico muerte. Leelo, ¿a ver?

PERCY.— (*Lec.*) «La vida es una enfermedad congénita, crónica, incurable, degenerativa, con pronóstico muerte.»

Breve pausa.

PERCY.— ¿Para qué es?

VALERIA.— No sé. Se me vino a la cabeza. Alguien lo va a decir en algún momento.

PERCY.— Eso no podés ponerlo en televisión.

VALERIA.— ¿Por qué no? Si es cierto.

PERCY.— La gente no quiere escuchar esas cosas.

VALERIA.— La gente no quiere escuchar, punto.

PERCY.— Es verdad.

VALERIA.— Además si lo dice Cardozo va a gustar.

PERCY.— Porque es el villano.

VALERIA.— De cualquier forma no deja de ser cierto. Bueno, ¿en qué estábamos? (*PERCY busca en la laptop. VALERIA se impacienta.*) ¿En qué estábamos, Percy? Estás dormido hoy.

PERCY.— (*Busca en la laptop.*) Eeh... Acá. (*Lec.*) «Julia en camisión... está asustada... es la primera vez que entra en el laboratorio.»

VALERIA.— (*Piensa un momento.*) Perfecto.

PERCY.— ¿Pongo?

VALERIA.— Sí, sí.

PERCY toca una tecla de la laptop y suena el dúo de Adán y Eva de «La Creación» de Haydn.

VALERIA.— (*Mientras PERCY tipca.*) Ella no sabe que Cardozo la está espiando. Un trueno la estremece. Hay poca luz. Un relámpago alumbraba por un instante su rostro aniñado. Busca con qué alumbrar. Encuentra una linterna.

PERCY.— ¿Una vela mejor?

VALERIA.— Un encendedor.

PERCY.— Pará, ¿Julia fuma?

VALERIA.— Un encendedor que está ahí.

PERCY.— Okey. (*Tipca.*) Un encendedor que está ahí.

VALERIA.— Alumbra. Y en ese instante se le llenan los ojos de lágrimas...

(*Pausa prolongada.*) Listo.

PERCY.— ¿Qué listo?

VALERIA.— Termina.

PERCY.— ¿El capítulo? ¿Así?

VALERIA.— Así. ¿Por? Apagá ahí.

PERCY.— (*Pulsa una tecla y la música deja de sonar.*) ¿No es mejor que la descubra Cardozo?

VALERIA.— No. La gente tiene que pensar que ella se va a llevar algo del laboratorio.

PERCY.— (*Mientras prepara un café para VALERIA.*) ¿La pócima de la inmortalidad?

VALERIA.— Puede ser.

PERCY.— (*Lec da el café.*) ¿Y se la lleva?

VALERIA.— No tengo la más puta idea, Percy. (*Por el café.*) Esto está helado. ¿Te pasa algo a vos?

PERCY.— No, ¿por qué?

VALERIA.— Estás muy... cuestionador.

PERCY.— Te preguntaba nada más.

VALERIA.— A eso me refiero justamente. ¿Vos por qué creés que Cardozo debería descubrirla?

PERCY.— Genera más tensión.

VALERIA.— Tensión. ¡Tensión! Tensión es lo que tengo en las cervicales. ¿Me clavás esos dedos un rato?

VALERIA *se acomoda para recibir un masaje de PERCY.*

VALERIA.— ¿Llamaste a Horacio?

PERCY.— (*Disponiéndose a masajear el cuello de VALERIA.*) Sí, pero no pude hablar mucho. Estaba reunido en el canal.

VALERIA.— Pero le comentaste.

PERCY.— (*Mientras le masajea.*) Muy por encima. Dice que prefiere hablarlo con vos.

VALERIA.— A ver si nos ponemos de acuerdo. Elegí el anonimato para que el mundo no sepa quién soy. Te tengo a vos para que, entre otras cosas, seas mi intermediario con todo lo que tiene que ver con el canal. Y además...

PERCY.— Dice que no es negociable.

VALERIA.— Perdón, ¿me vas a decir qué te pasa?

PERCY.— No me pasa nada.

VALERIA.— Hacés pausas raras, Percy, suspirás, usás la palabra «negociable»; ¿te pensás que nací ayer? ¿Tu «amorcito»?

PERCY.— Bien.

VALERIA.— Qué amargado que te tiene ese matrimonio a vos. ¿Hablaron ya?

PERCY.— ¿De qué?

VALERIA.— Ay, te lo pido: no me hagas preguntas para ganar tiempo. ¿Le vas a decir lo que pensás de que la cosa esté como está o no le vas a decir nada y vas a seguir haciéndote el desentendido atajando penales que ya ni sabés de dónde vienen? (*Se pone de pie.*) Porque Percy querido; tu mujer ya se pasó de la raya. No quiere que estés acá, cuando llegás a tu casa le tenés que aguantar esa cara de ojete que

gracias a Dios no le conozco... ¿Vas a aguantar cuánto más, o esperarás tener una úlcera como buen negador que sos?

PERCY.— Está embarazada.

Silencio. VALERIA queda perpleja. Luego larga una especie de carcajada.

VALERIA.— ¿Otra vez? Ah, una coneja. Bueh... peor para ella.

PERCY.— Valeria...

Suena el teléfono que hay sobre el escritorio.

VALERIA.— (*Por el teléfono.*) Ahí la tenés, a ver qué le decís. Hasta las diez no te vas de acá, te aviso.

PERCY.— (*Atendiendo el teléfono.*) ¿Sí? Ah, sí, hola. Ahí te paso. (*A Valeria.*) Horacio.

VALERIA.— Dame eso. (*Al teléfono.*) Horacio querido, al fin. ¿Cómo estás? ¿Yo? Bien, excelente. Sí, de eso justamente. ¿Cómo que ya está decidido? Sí, sé que lo hablamos ya pero es que ¿sabés qué? lo estuve pensando bien y me parece que prefiero seguir firmando como Marcelo Miró. Bueno, hasta acá funcionó. Y es un lindo seudónimo además; tiene su misterio. Sí, ya sé que puede ser un gran golpe publicitario, que este es un proyecto enorme, que el rating y la mar en coche. ¿Qué? ¿Percy? Sí, trató de explicarme, pero no le entendí nada. Hoy el pobre no está en su mejor día. No sé qué de la mujer. «Asuntos familiares». Ay, Horacio. Es que me van a empezar a llamar de todos los medios, de todos esos programas absurdos que... Sí, yo entiendo. Pero es que además... no sé si quiero que todo el mundo sepa que soy una mujer.

Apagón.

LILI, una joven de unos 30 canta en el medio del gabinete. Lo hace notablemente bien. HORACIO (45) PERCY y JUDITH (39) escuchan. Una cámara en un trípode. PERCY quizá toque el piano.

HORACIO.— *(Interrumpe.)* Bien, gracias.

LILI.— ¿Ya está?

HORACIO.— Sí, gracias. *(Habla en voz baja con JUDITH. Tras un momento, al notar que LILI sigue ahí.)* Andá, andá. Ya está.

LILI.— Ah, bueno. Gracias.

Sale.

PERCY.— Ey, ey, que a mí me gustó.

HORACIO y JUDITH lo miran. Sin duda la opinión de PERCY es importante de alguna manera. JUDITH se pone de pie y corre hacia la abertura por la que salió LILI.

JUDITH.— Eh... ¡nena!

PERCY.— LILI.—

JUDITH.— ¡Lili!

HORACIO.— *(Mientras busca entre unos papeles)* ¿Liliana? Eh...

PERCY.— Bonifante.

LILI regresa acompañada de JUDITH.

HORACIO.— ¿Sabés de qué se trata todo esto?

LILI.— Sí. Es para la tira «El inmortal» de Marcelo Miró.

JUDITH.— ¿Y sabés para qué estás audicionando exactamente?

LILI.— Sí. El personaje se llama Ingrid y está enamorada de Lárus y juntos quieren *(Hace encomillado con los dedos)* «sacarle» la fórmula de la inmortalidad a la prota.

JUDITH.— Y sabés que es un contrato bastante largo y con exclusividad.

LILI asiente.

JUDITH.— *(Mirando unos papeles.)* Bien. Bien. Tenemos tus datos...

LILI.— Sí.

JUDITH.— Bien. Podés irte ahora.

LILI.— Gracias.

HORACIO.— Te llamamos cualquier cosa.

LILI.— Gracias.

LILI sale. Silencio. Cierta incomodidad. HORACIO y JUDITH están inquietos. PERCY ordena algunas cosas.

JUDITH.— Eh... Percy.

PERCY.— ¿Sí?

JUDITH.— ¿Podemos hablar un momento antes de que vuelva Valeria?

PERCY.— Sí, claro. ¿De qué?

JUDITH.— Ya sabés de qué. ¿Vos qué pensás?

PERCY.— No sé por qué tendría que decirte nada a vos.

JUDITH.— (*Displícite.*) Bué, con esa actitud...

PERCY.— Además no sé nada. Ella no habla de eso.

JUDITH.— ¿Pero hubo un diagnóstico o no hubo un diagnóstico?

Percy hace un gesto vago.

JUDITH.— No nos estás ayudando demasiado.

PERCY.— ¿Y por qué los tengo que ayudar?

JUDITH.— Sabés que si algo le pasa a Valeria te quedás sin nada. Bah, te quedarías con los que sean tus amigos. Tratá de hacértelos. Esta vendría a ser la oportunidad.

PERCY.— Me están amenazando.

HORACIO.— Esto es serio, Percy; no te pongas melodramático.

PERCY.— No tengo nada que contar.

JUDITH.— (*Bastante ofuscada.*) Okey. Perfecto. No te hagas ningún problema.

HORACIO.— Está bien, Judith.

JUDITH.— Horacio. Este es el momento en que las cosas pueden empezar a convertirse en una bola de nieve o no. Y si se hace la bola de nieve sabés lo que eso significa para todos.

HORACIO.— Tampoco abras tanto el paraguas.

JUDITH.— ¿«Tanto»? Si Valeria está enferma lo mejor es asumir la situación y empezar a encontrar soluciones. (*Percibe una sonrisa socarrona de PERCY.*) ¿Dije algo gracioso?

HORACIO.— No, estás diciendo pavadas. Si Valeria está enferma es una puta desgracia, para ella y para todos.

JUDITH.— ¿Y de qué estoy hablando yo?

HORACIO.— (*Suspira.*) Vamos, mejor. (*A PERCY.*) Era la última ¿no?

PERCY.— ¿Lili? Sí, era la última.

HORACIO.— ¿A vos te parece que puede andar?

PERCY.— Creo que a Valeria le va a interesar.

JUDITH.— (*A HORACIO.*) Voy para el canal. ¿Estás con el auto?

HORACIO.— Sí, pero voy para otro lado. (*A PERCY.*) Nos vemos.

PERCY.— Nos vemos.

JUDITH y HORACIO salen. Un momento de silencio.

PERCY.— (*Levantando la voz.*) ¡Ya está!

Aparece VALERIA desde donde estuvo escondida escuchando lo anterior. Está vestida de calle. Lleva cartera y un sobre grande en la mano.

VALERIA.— Qué perra.

PERCY.— Bastante perra, sí.

VALERIA.— Aunque se entiende ¿no? Pobre Judith, está tan agarrada a ese cachitito de poder que cree que tiene... En fin. Gracias por la discreción. ¿Cómo te diste cuenta de que había llegado?

PERCY.— Te olí. (*Breve pausa.*) ¿Y?

VALERIA.— (*Extiende el sobre que sostiene.*) Acá están los resultados.

PERCY.— ¿Y?

VALERIA.— No sé. No lo abrí. ¿Vos cómo me ves?

PERCY.— Como una rosa.

VALERIA.— Marchita.

PERCY.— Artificial. (*Ambos ríen un poco.*) ¿Te pido turno con tu médico? Él es el que los tiene que ver ¿o no?

VALERIA suspira con cierta angustia.

PERCY.— Te puedo acompañar. (*Pausa.*) Va a estar todo bien, Vale.

VALERIA.— (*Niega con la cabeza.*) Todavía no puedo pensar nada. (*Cambiando el tono por uno animado.*) Vamos, vamos; sigamos, que estamos muy atrasados.

PERCY.— Como siempre.

VALERIA.— Como siempre. ¿Hiciste la sinopsis de los primeros ciento cincuenta capítulos?

PERCY.— Sí.

VALERIA.— ¿Cómo lo sentís?

PERCY.— Bastante bien. (*Mientras se apresta para ponerse a trabajar.*) ¿La llagaste a escuchar?

VALERIA.— ¿A la nena esa? Linda voz. ¿Pink Floyd era lo que cantaba?

PERCY.— Ajá. Yo creo que es buena. (*Ya listo.*) Bien. Empezá a disparar.

Breve silencio.

VALERIA.— ¿Sabés qué estaba pensando?

PERCY.— No.

VALERIA.— (*Sonriendo como respuesta a la bobada de PERCY.*) Que la segunda parte arranque veinte años después.

PERCY.— ¿Veinte años después?

VALERIA.— O treinta.

PERCY.— Pero eso es un quilombo para la prod...

VALERIA.— Me pediste que disparara, estoy disparando.

PERCY.— Tenés razón. Seguí.

VALERIA.— (*Retoma.*) Cardozo y Julia son los únicos para los que el tiempo no pasó. Ellos están intactos. Y ahí empiezan las sospechas de que la fórmula de la inmortalidad sí existe y no se trata sólo de un rumor.

PERCY.— ¿Pero veinte años tienen que pasar para que empiecen a sospechar?

VALERIA.— O las sospechas ya habían empezado.

PERCY.— Okey. Compró. Pero para esa altura ya habría toda una intriga por el tema de la posesión de la fórmula. Unos mafiosos que se la quieren robar, bla bla bla...

VALERIA.— Sí, tal cual, vos anotá ese blá blá blá; porque acá lo único que interesa es la historia entre Julia y Cardozo. Ella lo odia, pero también sabe que él es el único que no va a envejecer como ella ¿entendés?

PERCY.— Sí. Bah, no sé qué tengo que entender.

VALERIA.— Como que está condenada a amarlo porque es el único al que le pasa lo mismo.

PERCY.— Ajá. Como Eva.

VALERIA.— ¿«Como Eva»?

PERCY.— Bueno, como Adán y Eva. Están predestinados a amarse porque son los únicos de su especie; bah, porque es lo único que hay en realidad. El uno para el otro, digo.

VALERIA.— Ellos están predestinados a aparearse, no a amarse.

PERCY.— En esas circunstancias es lo mismo. Quiero decir que no tienen más remedio que inventar el amor.

VALERIA.— Pero Eva no tuvo opciones. Julia sí. Y siente que está condenada. No sé si a amar a Cardozo o a qué, pero siente que está condenada.

PERCY.— *(Anotando.)* Anotado. ¿Algo más de esto?

VALERIA.— *(Parece que va a decir algo.)* Eh... *(Algo distraída.)* No, nada más.

PERCY.— Bueno, con esto se armaría el melodrama. ¿Y Julia qué va a intentar? Digo, para establecer su arco de acción.

Pero VALERIA se quedó sumida en algún pensamiento.

PERCY.— ¿Vale?

VALERIA.— ¿Eh?

PERCY.— ¿Todo bien?

VALERIA.— Sí...

PERCY.— ¿Querés que paremos?

VALERIA.— No, no. Está bien.

PERCY.— ¿Seguro?

VALERIA.— Estoy un poco cansada, me parece.

PERCY.— ¿Querés tirarte un rato? Yo tengo cosas que hacer igual. Después podemos...

VALERIA.— *(De pronto.)* Tengo miedo. Tengo mucho miedo. *(Breve pausa.)* Y me siento muy sola.

PERCY.— No estás sola.

VALERIA.— Con Horacio éramos amigos. Bueno, más que eso. Y ahora...

PERCY.— Horacio te quiere.

VALERIA.— Sí, ¿y yo? Me quedo atrás de una cortina escuchando a ver si dice algo feo de mí.

PERCY.— No dijo nada malo.

VALERIA.— No. Pero igual. No confío. No confío en nadie. (*Sacude la cabeza.*) No me hagas caso. (*Intenta retomar el trabajo.*) ¿En qué estábamos? Sí, decíamos de Julia, que... (*Pero vuelve a angustiarse. Y en medio de esa angustia ríe.*) Esto es insoportable, es... patético. Estoy pensando en unos tipos que no existen y se hacen inmortales y yo lo único que siento es que existo y que me voy a morir en diez días.

PERCY.— No te vas a morir en diez días. Ni siquiera sabés qué... (*Alude al sobre, pero VALERIA lo interrumpe.*)

VALERIA.— (*Con cierta violencia.*) ¡Ya sé que no me voy a morir en diez días! ¡Y capaz que vos te morís en cinco! ¡No estoy hablando de eso! Es... (*Toma el sobre. Luego lo vuelve a dejar.*) Sea esto o no, algo ya anda por acá, ¿entendés? (*Se señala el cuerpo*) en algún lado, creciendo, pudriéndose, y un poco antes o un poco después... (*Percibe la mirada de PERCY.*) ¡No me mires con lástima!

PERCY.— Perdón.

VALERIA.— ¡Y no me pidas perdón! Puta madre... ¡Putra madre! ¡Y puta madre!

VALERIA revolea alguna cosa. PERCY baja la cabeza. Parece que VALERIA se ha descargado. Su profundo enojo con lo que la asusta se disipó tan fácilmente como se produjo.

VALERIA.— Ay, por favor, qué ataque que me dio. (*Ríe.*) Lo peor de todo es que yo sé que voy a seguir. Digo, trabajando. Voy a seguir. Pero... No voy a poder disfrutar. Lo más que puedo pretender es no desmoronarme. Capaz que zafo de la depresión, pero no voy a poder disfrutar. No voy a poder disfrutar nunca más de nada. (*De pronto nota que PERCY está anotando algo en una libreta.*) ¿Qué estás haciendo?

PERCY.— Perdón. Pero estaba anotando.

VALERIA.— Sí, ya veo.

PERCY.— Esto que dijiste. Me pareció... bueno.

VALERIA.— No sé de qué hablás. (*PERCY no dice nada.*) ¿De qué hablás?

PERCY.— Te vas a enojar si te digo.

VALERIA.— Me voy a enojar mucho si ahora no me decís lo que te parece «bueno» de todo esto.

Breve silencio.

PERCY.— A ver... Empieza la segunda temporada y aparece un cartel que dice «veinte años después» ¿no?, y mientras el plano nos muestra a Julia joven y hermosa como en el último capítulo de la primera parte, oímos su voz diciendo eso que dijiste.

VALERIA.— ¡Y eso es lo que anotaste?

PERCY.— Sí.

VALERIA.— A ver, leelo.

PERCY.— (*Toma sus apuntes y lee.*) «No voy a poder disfrutar. A lo sumo...».

VALERIA.— Pero poné.

PERCY toca una tecla en la laptop y se oye el dúo de Adán y Eva.

PERCY.— (*Lee.*) «No voy a poder disfrutar. A lo sumo puedo pretender no desmoronarme. Y si tengo suerte y fortaleza puedo librarme de la depresión. Pero no voy a poder disfrutar. No voy a poder disfrutar nunca más de nada.» (*Pero se detiene. VALERIA lo está mirando con expresión extraña.*) Perdón, es cualquiera, ya sé. No dije nada. Perdoname, de verdad.

VALERIA.— No, no. Está muy bien. (*Pausa. Reflexiona.*) Está muy bien. Muy bien. (*Pausa.*) Muy muy bien.

Está por salir pero se detiene.

VALERIA.— Vos me querés ¿no? Me vas a querer siempre.



Valeria Radioactiva, de Javier Daulte. Foto de @ATOMOBIT.

Actores: María Onetto y Jorge Gentile

PERCY.— Yo te quiero.

VALERIA intenta sonreír. Sale en silencio. PERCY la mira irse. Luego mira el sobre que quedó sobre el escritorio. Lo toma en sus manos.

Apagón.

3

JUDITH, PERCY y HORACIO reunidos.

PERCY.— Cuarenta.

JUDITH.— Treinta.

PERCY.— Cuarenta.

JUDITH.— Treinta y cinco.

PERCY.— Cuarenta.

JUDITH.— Treinta y och...

PERCY.— Cuarenta y cinco.

JUDITH.— ¿Qué?

PERCY.— Me oíste.

JUDITH.— Pero no es así.

PERCY.— ¿Qué no es así?

JUDITH.— Así no se negocia.

PERCY.— ¿Cómo se negocia?

JUDITH.— Vos tenés que ir bajando y la otra parte v.

PERCY.— Cincuenta.

HORACIO.— ¡Cuarenta!

PERCY.— Cincuenta.

HORACIO.— ¡Cuarenta y cinco y ya está, Percy!

PERCY.— De acuerdo. Cuarenta y cinco mil dólares en efectivo y una participación del dos por ciento si sale la novela en papel.

JUDITH.— (A HORACIO.) Este tipo...

HORACIO.— Judith...

JUDITH.— (A PERCY.) ¿Y vos decís que la querés?

PERCY.— Lo que siento por Valeria es un tema privado. (A HORACIO.) Cuarenta y cinco mil dólares en efectivo y un dos por cien...

HORACIO.— (Algo molesto, asiente.) Sí, sí.

JUDITH.— (A PERCY.) Más vale que lo hagas bien.

PERCY.— Siempre lo hice. Y siempre lo hice bien.

JUDITH.— No termino de confiar en vos.

PERCY.— ¿Tenés alternativa?

JUDITH.— Es obvio que no, sino no estaría acá.

HORACIO.— Judith. Percy siempre hizo los diálogos. Valeria es la que cuenta la historia, pero las escenas y las situaciones...

JUDITH.— A eso me refiero. No sé si Valeria...

PERCY.— Valeria lo tiene todo en su cabeza. Es cuestión de ir sacándoselo de la mejor manera. Y yo soy el único que puede hacerlo.

HORACIO.— Hasta el capítulo trescientos cuarenta estamos más o menos bien. ¿Vos creés que podremos llegar a los mil? Los lineamientos generales por supuesto.

JUDITH.— La biblia.

PERCY.— Sabemos de qué estamos hablando. (*Empezando a hacer cálculos mentales.*) Seiscientos sesenta capítulos en...

HORACIO.— Tres meses.

PERCY.— Ojalá estuviésemos seguros de que tenemos ese tiempo.

JUDITH.— Es lo que dijo el médico.

PERCY.— Un médico que ni siquiera la vio.

JUDITH.— Vio los resultados de los estudios.

PERCY.— Pero sin saber siquiera de quién son.

JUDITH.— Es una eminencia.

PERCY.— Que con la plata que le pagaste seguramente te dijo lo que querías oír.

JUDITH.— Te aseguro que no quería oír que le quedan tres meses.

PERCY.— ¿Estás segura de que no es lo que querés?

HORACIO.— Terminenla. (*Breve pausa.*) Si no son mil serán novecientos.

JUDITH.— Habíamos quedado en mil capítulos. Ese es nuestro argumento de venta. «La tira de los mil capítulos». Es lo que se arregló con los sponsors.

HORACIO.— Nadie se va a poner a contar. Mil, novecientos, es lo mismo. (A PERCY.) Bueno, ¿qué decís?

Silencio. PERCY piensa. JUDITH se impacienta.

JUDITH.— ¡Hablá!

Percy aún se toma su tiempo. El silencio se prolonga.

PERCY.— *(Finalmente.)* Sí, llegamos. *(Brevísima pausa.)* Ah, Liliana Bonifante es Ingrid.

JUDITH.— ¿Pero eso cuándo?

PERCY.— Es hora de que entiendas que no todo se te va a informar.

JUDITH.— Pero yo.

PERCY.— Tenés voz pero no voto y lo sabés.

JUDITH.— Ya vas a necesitar algo vos.

PERCY.— Vos hace rato que estás necesitando algo.

JUDITH.— ¿Qué?

HORACIO.— *(A JUDITH.)* Vamos.

JUDITH.— ¿Es una ironía? ¿Me estás insultando? *(A HORACIO.)* ¿Me está insultando? *(A PERCY.)* ¿Qué es lo que estoy necesitando?

HORACIO.— Vamos, Judith.

JUDITH.— *(A PERCY)* Si yo necesitara algo, eso vos no lo tenés seguro.

HORACIO.— ¿La cortás? Y mejor andá que debés tener cosas que hacer.

JUDITH.— Andáte vos si querés, Horacio. Perdoname que te diga, pero sos un cagón. Este te acaba de coger de parado. *(A PERCY.)* Con los directivos del canal no vas a poder joder como conmigo. Yo sé que por ahora no toco ningún gran pito yo, pero yo di mucho por esto, yo vengo dando todo... *(Se interrumpe al ver que los otros no pueden evitar reír un poco.)* ¿De qué se ríen? *(Se da cuenta.)* Uh, son de cuarta. Los dos.

Va a salir pero se topa con LILI que entra con una mochila y auriculares puestos. Se pega un susto.

JUDITH.— Ah, miren quién llegó. *(A PERCY.)* ¿Tu mujer sabe que tenés trato especial con el elenco secundario? *(A LILI.)* ¿Te coge bien por lo menos?

LILI.— *(Sacándose los auriculares; es obvio que no oyó nada.)* Perdón, ¿qué me decías? Porque estaba con los auriculares...

JUDITH hace un gesto y sale.

LILI.— ¿Qué pasó?

HORACIO.— Nada.

LILI.— Eh... ¿Todo bien?

PERCY.— Todo bien.

LILI saca de su mochila un par de mamotretos de hojas anilladas y lo apoya sobre el escritorio.

LILI.— Lo leí. Todo.

HORACIO.— ¿Qué leíste?

LILI.— Lo de... (*Mira a PERCY.*) ¿O era un secreto?

PERCY.— No necesariamente.

LILI.— (*Dándose cuenta de que debe dejarlos solos un momento.*) Eh... ¿Paso al baño? Es por acá, ¿no?

PERCY asiente. LILI sale.

HORACIO.— (*Indignado.*) ¿Le diste para que leyera?

PERCY.— Sí.

HORACIO.— ¿No te la podías coger sin necesidad de darle los borradores?

Esos son los borradores ¿no?

PERCY.— Confío en ella.

HORACIO.— No me vas a decir que estás enamorado.

PERCY.— ¿De Lili? No. No creo.

HORACIO.— ¿Valeria sabe?

PERCY niega.

HORACIO.— Te odiaría.

PERCY.— Sí.

HORACIO.— ¿Y Lili sabe algo de Valeria?

PERCY.— Ni siquiera sabe que existe. Ella cree que esta es la casa de Marcelo Miró.

Breve silencio.

HORACIO.— ¿Por qué lo hacés?

PERCY.— ¿Apretarlos con la guita? Que sienta piedad por Valeria no quiere decir que sea un pelotudo. Y si trato de sacar lo más que puedo es porque creo que es mejor que sea yo el que se beneficie en vez de cualquier otro.

HORACIO.— A costa de ella.

PERCY.— No, a costa de la producción. A Valeria no le estoy sacando nada. Voy a tener un hijo además.

HORACIO.— Vos ya tenés hijos.

PERCY.— Otro.

HORACIO.— ¿Te tengo que felicitar?

PERCY.— ¿Vos por qué lo hacés?

HORACIO.— ¿Qué cosa? ¿Seguir adelante como sea, a pesar de...? (*Pienso.*) Supongo que trato de no pensar mucho. Me parece horrible lo que estamos haciendo, pero también creo que es lo único que podemos hacer. Quiero decir; trabajar, seguir para adelante. No quiero que Valeria se muera.

PERCY.— Ya sé.

HORACIO.— No, es que... El otro día me di cuenta de que... hace mucho, demasiado que nos conocemos, Valeria y yo y... Sabés que incluso en una época tuvimos algo. Y uno... uno no debería apegarse tanto a la gente ¿no? Porque lo loco es que ella siempre estuvo ahí y nunca se me pasó por la cabeza que pudiera no estar un día. Y pienso que si ahora paramos, ella va a saber que algo pasa. Por eso creo que tenemos que seguir. Como si todo estuviese bien, como... ¿Vos estás seguro de que ella no sabe?

PERCY.— ¿Que está enferma? Qué sé yo. Sospecha, obviamente. Pero creo que no. Yo no querría saber.

HORACIO.— El tema de los tres meses... es cómo van a ser esos tres meses. ¿No debería empezar a tomar algún tipo de drogas o algo así?

PERCY.— Sí. Lo pensé. Y ya quedé en verme con «la eminencia».

HORACIO.— No va a ser fácil. Nada de todo esto va a ser fácil.

PERCY.— No.

Entra LILI.

LILI.— Qué divino que es el baño. No sé, como que tiene un toque muy femenino ¿no? ¿Marcelo Miró vive con alguien acá? ¿O es medio...? (*Gesto de «maricón».*) Ya sé que no me pueden decir nada, pero qué sé yo, estar acá, en su casa, me hace suponer cosas. Es tan genial... Tan genial. Igual hay algo que está confuso.

HORACIO.— ¿Eh?

LILI.— De El Inmortal hablo.

HORACIO.— ¿Qué cosa de El Inmortal?

LILI.— Igual es divino, eh. Pero hay algo con lo de la droga.

HORACIO.— ¿Te referís a la pócima?

LILI.— Claro, porque o es la fórmula de la inmortalidad o es la fórmula de la eterna juventud. Porque si son las dos cosas al mismo tiempo Cardozo y Julia serían vampiros.

HORACIO.— ¿Cómo?

LILI.— Claro, que si son jóvenes «para siempre» son vampiros.

HORACIO.— Pero no son vampiros.

LILI.— Ese es justo el problema; porque es lo que todo el mundo va a pensar. Pero como no matan a nadie para chuparle la sangre ni duermen en ataúdes la gente se va a sentir decepcionada.

HORACIO.— Pero no son vampiros te estoy diciendo.

LILI.— No, ya sé que no; si lo leí. Lo que digo es.

PERCY.— Igual nadie va a pensar eso. Se dice claramente que es la fórmula de la inmortalidad.

LILI.— Sí, el problema es que siempre es más fuerte lo que se ve que lo que se dice.

HORACIO.— Lili. La verdad es que nos encanta que te intereses por...

LILI.— No se entiende lo que digo ¿no?

HORACIO.— La verdad que no.

LILI.— Bueno, eso es lo que le va a pasar a la gente, no va a entender.

HORACIO.— Está bien, Lili. Gracias de verdad. Pero.

LILI.— (*A PERCY.*) Me pediste que te diera mi opinión. Bueno, eso es lo que.

HORACIO.— (*A LILI.*) Te das cuenta que a lo que te estás refiriendo es estructural, ¿no?, la médula de la historia. No es algo que se vaya a descuidar en un proyecto de esta enverg.

PERCY.— Pará, pará, pará. Tiene razón.

HORACIO.— ¿Eh?

PERCY.— Lili tiene razón.

HORACIO.— ¿Cómo que tiene razón?

PERCY.— No está claro. El problema de la eterna juventud es distinto del de la inmortalidad. El inmortal puede envejecer. Y el joven para siempre puede morir.

HORACIO.— Bueno, son formas de entender la inmortalidad y la juventud eter.

PERCY.— Es tele, Horacio, no una ontología sobre el amor. A la larga va a saltar. Como un problema. A la larga va a saltar.

Breve silencio. HORACIO evalúa mentalmente.

HORACIO.— ¿Vos decís que a Valeria se le escapó?

LILI.— ¿Quién es Valeria?

PERCY.— (*Miente con asombrosa facilidad y rapidez.*) Ah, nadie. Una asistente de producción. (*Continúa sin inmutarse.*) A Marcelo el tema de la fórmula no le importa demasiado. A él le interesa el nudo melodramático.

HORACIO.— Entonces se te escapó a vos.

LILI.— Yo que ustedes lo cambiaría. Están a tiempo ¿o no?

HORACIO.— ¿A tiempo? El lunes empieza la grabación.

PERCY.— (*A HORACIO.*) Vamos a tener que rearmar el plan. Posterguemos la grabación de las secuencias en que se hace referencia a la fórmula. ¿La podés llamar a Judith?

HORACIO.— Esta te la va a cobrar cara.

PERCY.— ¡¿La podés llamar?!

Silencio algo tenso.

LILI.— (*Tímidamente.*) Pero miren que la solución es bastante fácil ¿eh?

HORACIO y PERCY la miran sin entender bien a qué se refiere.

LILI.— Lo de la fórmula. De la inmortalidad o la eterna juventud. Digo, que es fácil arreglarlo.

PERCY.— La verdad es que no sé. Voy a tener que revisar todo desde el princip.

LILI.— (*Abriendo uno de los mamotretos.*) Ah, pero yo ya lo hice ¿eh? Fíjense. Anoté en rojo los lugares en que habría que hacer los cambios y cómo serían ¿ven? (*Les muestra torciendo el mamotreto.*) Acá, en el margen, en azul, puse opciones, por ahí no se me entiende bien la letra pero me preguntan y les digo. En verde subrayé lo que creo que se podría resumir porque hay cosas que se alargan sin sentido y en violeta cositas que se me ocurrieron que pueden ser divertidas porque le falta un poquito de humor a la historia, ¿no les parece?

HORACIO.— Eh...

LILI.— Ah, y se me ocurrió una cosa. Pensé también que estaría genial que Julia haya tenido un hijo en la primera parte y que lo dejó de ver por alguna razón y que cuando cumple veinte, que es cuando empezaría la segunda temporada, reaparece, pero él no sabe que Julia es su madre, y se enamora de ella.

PERCY y HORACIO no tienen reacción.

LILI.— Eso es muy Marcelo Miró ¿no les parece?

Apagón.

4

Tito, un joven de 20 años está en la sala. Valeria aparece y lo ve.

VALERIA.— Hola.

TITO.— Hola.

VALERIA.— No me avisaste que venías. ¿Cómo estás?

TITO.— Ahí. A vos se te ve bien.

VALERIA.— ¿Qué te trae por acá? ¿Viniste porque tenías ganas, necesitás plata, te contaron cosas...?

TITO.— Necesito plata.

VALERIA.— (*Buscando su chequera.*) ¿Cuánto? Y si se puede saber para qué.

TITO.— ¿Qué es eso de si me contaron cosas?

VALERIA.— Nada.

TITO.— ¿Estás enferma?

VALERIA.— Me dijiste que me veías bien. Estoy como se me ve. (*Lista para hacer un cheque.*) ¿Cuánto?

TITO.— Mamá.

VALERIA.— Cuando me decís mamá me das miedo. (*Lista para anotar.*) Dale, decí un número. ¿Cómo era? «El problema de ustedes los pobres es que creen que la plata es para gastar». De Heinrich Böll creo que es eso. Es bueno.

TITO.— No estoy más en el departamento.

VALERIA.— ¿Cómo que no estás más en el departamento?

TITO.— No, se lo dejé a unos amigos.

VALERIA.— ¿Qué decís? ¿Qué amigos?

TITO.— Unos amigos.

VALERIA.— Unos linyeras deben ser. Vos... No lo puedo creer. Y la facultad la dejaste me imagino. O pará... ¿la empezaste alguna vez? ¿Y sabés qué es lo peor? Que no es que malgastás la plata que te doy comprándote, no sé, ropa, o saliendo a tomar tragos, o... No, la regalás. Le comprás libros a gente que no le interesa leer, y le abrí la puerta del departamento que yo pago a...

TITO.— Es una familia que se quedó en la calle.

VALERIA.— Está lleno, ¡sobra gente que no tiene donde caerse muerta! Te aviso que los voy a rajar. Con un juez, con la policía, con lo que haga falta. ¿Dónde estás viviendo vos?

Tito no responde.

VALERIA.— No estarás durmiendo en la calle ¿no? (*Breve silencio.*) Tito, decime que no estás durmiendo en la calle.

Silencio.

VALERIA.— De la facultad mejor no te sigo preguntando porque ahí sí que me voy a sentir la reina de las boludas. ¿Trajiste tus cosas por lo menos? (*Tito no responde.*) ¿Tenés cosas? (*Tito no responde.*) Hay sábanas en el placar del corredor; bah, vos ya sabés donde está todo.

TITO.— No, no me voy a quedar. Y dame efectivo si podés.

VALERIA.— No te importa de dónde sale la plata a vos.

TITO.— No.

VALERIA.— No me ocupé de tus problemas cuando tenías una edad más adecuada para yo me desvelara por un hijo adolescente; y ahora... imaginate... digo, que si no lo sabés, imagínate por lo menos, que yo... no tengo dónde meter... esto. «Esto» serías vos y tu archipiélago de problemas.

TITO.— No creo tener ningún problema.

VALERIA.— Tenés veinte años, ya es hora de que salgas del magma adolescente. ¿Y si a mí me pasa algo? ¿Qué vas a hacer?

TITO.— ¿Te pasa algo?

VALERIA.— Si me pasara, te estoy preguntando, ¿a quién le vas a ir a pedir? Bueno, me vas a heredar, claro. Pero para eso me tengo que morir, y puede pasarme algo sin necesidad de que me muera.

TITO.— Tengo diecinueve.

VALERIA.— ¿Eh?

TITO.— Que tengo diecinueve años, no veinte.

Entra Percy.

PERCY.— ¡Tito! Tanto tiempo. *(Lo abraza.)* ¿Cómo estás?

TITO.— Hola Percy.

PERCY.— Seguí creciendo.

VALERIA.— Tito está mal. No tiene casa y no quiere mi hospitalidad pero sí mi plata.

TITO.— Usame.

VALERIA.— ¿Eh?

TITO.— Que me uses.

VALERIA.— ¿Qué decís?

TITO.— Seguro que te voy a servir para crear un personaje. Siempre lo hiciste. No me jode.

VALERIA.— ¿Ahora se supone que me sienta culpable?

TITO.— No.

VALERIA.— ¿Qué entonces?

TITO.— ¿Qué entonces de qué?

VALERIA.— Decime qué tengo que hacer.

TITO.— Si querés que me quede unos días me quedo.

VALERIA.— No quiero, porque tenés tu casa; pero frente al panorama es lo preferible.

Breve silencio.

VALERIA.— Dame un beso.

Extiende los brazos para recibir a su hijo. Tito no se mueve.

VALERIA.— Dale, que no tengo todo el día.

Tito se acerca. Vacilan. Pero finalmente se funden en un profundo abrazo que se prolonga. Finalmente se separan. Es claro que se quieren demasiado.

VALERIA.— ¿Hace cuánto que no te bañas?

TITO.— No sé.

VALERIA.— Andá. Pegate una ducha. Después pedimos algo y comemos juntos.

TITO sale. VALERIA suspira.

PERCY.— ¿Querés que haga algo? ¿Le preparo la habitación?

Pero VALERIA está algo confundida. De pronto parece tomar una decisión.

VALERIA.— No. Ayúdame a encontrar los estudios que no sé dónde los puse. (*Percy vacila.*) Los estudios esos que me hice el otro día. Me decidí. Voy a ir al médico. Además no quiero que de casualidad los encuentre Tito. (*Pero Percy parece algo distraído.*) ¿Me oís? Que no quiero que los encuentre, que... Yo...

PERCY.— Valeria, tranquila.

VALERIA.— ¿Eh?

PERCY.— (*poniéndose su saco.*) Vamos a dar una vuelta.

VALERIA.— ¿Qué?

PERCY.— Sí. Vamos a pasear a tomar un poco de aire.

VALERIA.— No... Es que...

PERCY.— No te preocupes por Tito. No se va a poner a revolver nada. (*Le da su abrigo y la ayuda a ponérselo.*) El sobre ese lo buscamos después. Además te quería comentar algunas cosas que estuve pensando. Porque revisé un poco la totalidad. Y encontré incongruencias y algunas zonas que están dilatadas. Y también detecté cierta solemnidad que no conviene. Y sobre todo... eh... ¿Me estás escuchando?

VALERIA.— Sí, sí; decime.

PERCY.— ¿Qué te parece si Julia tiene un hijo al que nunca conoció?

Apagón.

Ficción dos: El Inmortal

Un cartel: «20 años después».

CARDOZO (50) está de pie cerca del escritorio. Habla por teléfono. Está nervioso. Conmocionado.

CARDOZO.— Me importa tres pepinos el tránsito; te bajás del taxi y te tomás un subterráneo. O corrés, sí, tal cual. No. Te quiero acá, no me leés nada por teléfono.

Ingresa JULIA (aparenta 25) con un vaso de whisky en la mano. Arma una raya de cocaína. CARDOZO sigue hablando, pero cambia el tono. Disimula su estado.

CARDOZO.— (Al teléfono.) Okey, yo estoy acá. Sí. Todo bien. Dale. (Mira el reloj.) Bueno, sino te espero en el portón de entrada. (Bajando la voz.) Cerca de la caseta de los galgos.

Corta. Breve silencio.

CARDOZO.— (A JULIA, sin mirarla, está ocupado ordenando unos papeles.) ¿Ya empezás?

JULIA.—Desde que descubrí uno de los pocos beneficios de ser inmortal, sí, así empiezo el día. (Aspira cocaína.) Vos también deberías tomar. ¿O vas a usar la eternidad sólo para hacer más y más dinero?

CARDOZO.— Después te quejás.

JULIA.— Cuando se termina.

CARDOZO.— Que no dormís.

JULIA.— Por lo que me alivia...

CARDOZO.— ¿Siguen esos sueños?

JULIA.— (Bastante furiosa de pronto.) ¿Vos me estás tomando el pelo?

CARDOZO.— No.

JULIA.— ¿Y desde cuándo somos amigos vos y yo? Te lo dije ¿o no? Hacerlo que te lo dije. Que no iba a poder disfrutar. De nada.

CARDOZO.— Podés hacer un esfuerzo.

JULIA.— Esto es lo mejor que puedo hacer. Tratar de que la depresión no me entierre en la cama todo el día de todo el puto tiempo del mundo.

CARDOZO.— Si te dejaras ayudar...

JULIA.— Me voy a ir de aquí ¿sabés?

CARDOZO.— ¿De nuevo?

JULIA.— Pero esta vez no voy a volver. (CARDOZO *sonríe*.) ¿Te hace gracia?

CARDOZO.— Un poco.

JULIA.— Creés que no soy capaz.

CARDOZO.— Por supuesto que no sos capaz. No sabés hacer nada y sos una adicta y una alcohólica. Fuera de esta casa durás lo que tardes en terminarte la bolsa que te llesves. Y eso pasaría en... ¿seis horas?

JULIA.— Sos un desgraciado hijo de mala madre.

CARDOZO.— ¿Somos dos, querés decir?

JULIA.— No, no. ¡Vos me convertiste en esto!

A CARDOZO le duele pero intenta no inmutarse. Se está preparando para salir. Aparece AMALIA, una especie de asistente.

AMALIA.— Permiso.

CARDOZO.— ¿Qué pasa?

AMALIA.— Volvió el jardinero.

JULIA.— ¿Qué jardinero?

AMALIA.— El que se contrató la semana pasada.

JULIA.— ¿A qué volvió?

CARDOZO.— Habrá venido a hacer su trabajo.

JULIA.— Será. Aunque en general los jardineros están para tener sexo con sus patronas cuando sus maridos no están en casa, ¿no es así, Amalia?

AMALIA, incómoda, no responde.

CARDOZO.— Amalia no sabe de esas cosas.

JULIA.— Es posible. Harían una buena pareja ustedes dos. (Se *ríe*.) Me sorprende que puedas sentir celos. Quedate tranquilo, cuando digo que perdí el entusiasmo, también me refiero a eso. ¿Ya salís?

CARDOZO.— Ajá.

JULIA.— ¿Le estamos pagamos bien? Al jardinero digo.

CARDOZO.— Bastante bien.

JULIA.— (Empieza a armar otra raya.) Entonces no le debe molestar la espera. Igual paguémosle un poco más.

CARDOZO.— (por la cocaína.) ¡Pará con eso!

JULIA.— ¿Me va a hacer mal? (*Se ríe fuerte.*) Muy bueno lo tuyo.

CARDOZO.— Ya sabemos que no. Pero va a doler.

JULIA.— Todo duele.

CARDOZO.— (*Está por salir, maletín en mano.*) Bueno, eh... nos... vemos.

JULIA.— Si es inevitable...

CARDOZO.— (*Vacila.*) Eh...

JULIA.— ¿Qué te quedás esperando?

CARDOZO.— ¿Puedo darte un beso?

JULIA.— ¿Qué te agarró ahora, el cariño? Andá y así te ahorrarás mis insultos por unas horas.

CARDOZO sale.

JULIA.— Cerdo.

JULIA se angustia. Breve silencio.

AMALIA.— ¿Qué le digo?

JULIA.— ¿Qué cosa?

AMALIA.— Al muchacho.

JULIA.— ¿Qué? Ah, sí, el jardinero. Y qué sé yo. Que queme el jardín.
No, esperá. Decile que pase.

AMALIA asiente. Se asoma al corredor.

AMALIA.— Por acá.

JULIA aspira otra raya. Entra JANO. Tiene 20 años. Viste de jardinero. Tiene una mano vendada.

JANO.— Permiso, señora.

Silencio. JULIA observa a JANO un instante.

JULIA.— (*A AMALIA.*) Podés irte. (*JANO tiene el impulso de salir.*) No, vos no.
(*AMALIA sale.*) ¿Cómo era que te llamabas?

JANO.— Jano.

JULIA.— Qué nombre. Bue. El señor Cardozo cree que nos acostamos.

Vos y yo. En realidad es lo que quiero que piense. Me gusta herirlo.

JANO.— ¿Él es su marido?

JULIA.— ¿Por qué no me tuteás? ¿Creés que soy vieja?

JANO.— No.

JULIA.— ¿Cuántos años creés que tengo?

JANO.— No sé. Joven.

JULIA.— Decí.

JANO.— Veinticinco.

JULIA.— Más.

JANO.— Treinta.

JULIA.— Más, más.

JANO.— Cuarenta.

JULIA.— Más.

JANO.— (*Incrédulo.*) ¿Cincuenta?

JULIA.— (*Ríe.*) No parezco, ¿verdad? (*Por la venda en la mano de JANO.*)

¿Qué te pasó ahí?

JANO.— Un accidente. Me corté. La semana pasada.

JULIA.— ¿Acá?

JANO.— Sí. Su... El señor Cardozo me curó la herida.

JULIA.— Ah, ¿ahora es médico también?

JANO.— ¿Qué va a necesitar que haga?

JULIA.— Tenés una linda mirada. Me hacés acordar a alguien que alguna vez quise mucho. (*Se ríe.*) Qué gracioso. Suena a frase para seducir ¿no? Pero no es así. Es verdad esta vez. Nada me puede sacar este dolor que siento. ¿Vos sos de soñar?

JANO.— ¿Soñar?

JULIA.— Soñar. Cuando dormís.

JANO.— A veces. Pero en general no me acuerdo.

JULIA.— Yo sí. Sueño mucho. Antes me gustaba. Porque era estar en otra parte. Lejos de... esto. Soy muy infeliz; te lo aclaro por si no te habías dado cuenta. Pero ahora... También eso me hace sufrir. Lo que sueño. ¿Querés saber? ¿querés que te cuente? (*Jano guarda silencio.*) Te estoy volviendo loco. (*Ríe para sí.*) ¿Sí? ¿Sí o no? Estamos conversando. Esto es una conversación. Yo digo algo. Vos decís algo...

Se le acerca un poco. JANO no sabe qué hacer. Se siente atraído por la mujer. Hace un tímido y torpe movimiento hacia ella. JULIA toma distancia.

JULIA.— Ey, ey. No... ¿Qué ibas a hacer? No, no, no. ¿Cómo es esto? ¿Él te pidió que me besaras, que me...? ¿Te contrató para eso? Ah, no; si parece que fui yo la que te contrató.

JANO.— No, él no... Yo...

JULIA.— No soy un monstruo. Y Cardozo no es mi marido. No legalmente. Y aunque lo fuera. El jueguito de la infidelidad no me divierte. En realidad el jueguito del amor no me... nada. A él sí. Él... está enamorado de mí. Desde hace... uf... una eternidad. ¿Ya habíamos hablado vos y yo?

JANO.— La semana pasada, que fue la primera vez que vine.

JULIA.— Bueno; está visto que esta conversación no prospera. (*Le da la espalda.*) Tenés trabajo que hacer.

JANO.— Sí, es que... ya la semana pasada hice el jardín. No sé qué quería que hiciera hoy.

JULIA.— (*Lo piensa un segundo.*) Que estés. Me hace bien mirar por la ventana y ver a alguien. Así que andá ahí afuera y hacé de cuenta que trabajás. (*Jano empieza a salir.*) Eh... Jano. Yo... no siempre fui así. Antes... me importaba. Las cosas me importaban. Les daba valor.

JANO.— Ah.

JULIA.— Después todo cambió. No tenés idea de lo que estoy diciendo.

JANO.— No. Pero la escucho.

JULIA.— «La vida... es una enfermedad congénita, crónica, incurable, degenerativa, con pronóstico muerte.» ¿Qué te parece? Deprimente ¿no? bueno, eso pensaba yo antes. Ahora es una... ilusión. ¿Tenés ilusiones? Son como los sueños, pero cuando estás despierto. (*Breve silencio.*) Yo tuve un hijo. Hoy tendría tu edad.

Entra AMALIA.

AMALIA.— Permiso, Julia.

JULIA.— ¿Qué querés?

AMALIA.— ¿Qué cocino hoy?

JULIA.— No tengo hambre.

AMALIA.— Tenés que comer.

JULIA.— ¡No tengo hambre, te estoy diciendo! (*Baja el tono.*) Perdón, no quise gritarte. (*Al joven.*) ¿Qué querés comer, Jano?

JANO.— No, yo...

JULIA.— (*A AMALIA.*) Vas a cocinar lo que él diga. (*A JANO.*) Vos vas a trabajar. O vas a hacer que trabajás. Pero igualmente vas a cansarte. Y vas a tener hambre. Y entonces vas a ir a la cocina. Y le vas a decir a Amalia lo que querés que cocine. Y ella lo va a cocinar. Y después nos vamos a sentar a la mesa. Vos y yo. Y voy a ver cómo comés. Voy a mirar cómo te sacás el hambre. Eso va a ser al mediodía. Faltan tres horas. Como todas, van a ser insoportables. Ahora, sí, andá.

JANO.— Eh... Permiso.

JANO sale. JULIA permanece un momento ensimismada. AMALIA aprovecha para poner alguna cosa en orden.

JULIA.— Era mujer esta vez.

AMALIA.— Volviste a soñar.

JULIA.— Sí. Se está muriendo. Y no sabe qué hacer. Si dedicarse a su hijo o terminar su obra. Lo que no puedo saber es qué es lo que está escribiendo. Veo unos libracos así grandes, gordos. (*Notando algo en AMALIA.*) ¿Qué te pasa, tenés algo?

AMALIA.— (*Inundada de tristeza.*) No puedo verte así, Julia.

JULIA.— Si yo pudiera explicarle... que es una bendición.

AMALIA.— ¿Eh?

JULIA.— Entrar en mi sueño y explicárselo. Que es una bendición lo que le está pasando. Tener un hijo y estar a punto de morir. (*Breve silencio.*) ¿De dónde salió?

AMALIA.— ¿Eh?

JULIA.— El chico este, Jano.

AMALIA.— Vinieron varios postulantes; fue hace dos semanas ¿no te acordás?

JULIA.— Vagamente.

AMALIA.— Y lo elegiste a él.

JULIA.— ¿Dije por qué?

AMALIA.— No.

JULIA.— Ajá. Tiene... algo ¿no? Tiene como un...

AMALIA.— Se ve alegre.

JULIA.— ¿Vos decís que es eso? ¿Que es por eso que lo elegí?

Aparece INGRID, una criada joven y bella. La sigue una especie de enfermera. Es SACHA. No es posible saber si es hombre o mujer. Trae una silla de ruedas que tiene un extraño dispositivo añadido (una computadora, un microscopio, etc).

INGRID.— Permiso, Julia. Buenos días, Amalia.

AMALIA.— Ah. Ya llegaron.

SACHA.— *(En alemán.)* Guten tag.

INGRID.— Allí ya está todo listo.

JULIA.— ¿Ya me toca otra vez? Qué bueno sentir que algo pasó rápido.

SACHA.— *(En alemán.)* Bitte.

JULIA.— *(Acomodándose en la silla de ruedas.)* O sea que hoy... es martes.

AMALIA.— Sí.

JULIA.— Me gustan los martes.

SACHA.— *(Empujando la silla de ruedas, en alemán.)* Dienstag.

JULIA.— *(En alemán.)* Dienstag, ja. ¿Miércoles cómo era?

SACHA.— *Mittwoch... Donnerstag... Freitag...*

JULIA.— *(Riueña.)* Mittwoch... Donnerstag... Freitag... ¡Qué gracioso!

JULIA sale empujada por SACHA y acompañada por INGRID. Tras un momento, entra LÁRUS, es un hombre joven. Viste ambo de enfermero.

LÁRUS.— Amalia.

AMALIA.— Sabés que no me gusta que entres acá.

LÁRUS.— ¿Hay alguien?

AMALIA.— No interesa. Pusimos normas. Y otra cosa... ¿es necesario que esté... «eso»?

LÁRUS.— ¿A Sacha te referís? Es leal. Cumple mis órdenes y sabe de biología molecular.

AMALIA.— Un nazi obsecuente. Una combinación abominable.

LÁRUS.— Las hay peores.

AMALIA.— ¿Por mí lo decís?

LÁRUS.— Si te infiltraste en esta casa fue por fidelidad a mí y a nuestro plan. No veo nada de abominable en eso.

AMALIA.— Hace tres años que finjo ser alguien que no soy.

LÁRUS.— Y hasta ahora lo hiciste a la perfección. ¿Estás segura de que Cardozo no sospecha nada?

AMALIA.— No, ya te dije. Él cree que es una especie de terapia, que...

Pero no puede continuar. Silencio.

LÁRUS.— Amalia.

AMALIA.— ¿Qué?

LÁRUS.— ¿Pasa algo?

AMALIA.— No.

LÁRUS.— ¿Seguro?

AMALIA.— Todo está en orden, Lárus.

LÁRUS.— ¿Y ya no nos saludamos?

AMALIA vacila. Mira que no haya nadie que pueda verlos. Finalmente se besan.

AMALIA suspira. Su amor por LÁRUS es más fuerte que sus escrúpulos.

AMALIA.— Me cuesta cada minuto que no te veo.

LÁRUS.— Y a mí.

AMALIA.— (*Se separa.*) Acá no. Acá no. No quiero que te sobrepases.

LÁRUS.— Creí que te gustaba.

AMALIA.— A Julia me refiero. Esta vez no quiero que le saquen más de medio litro de sangre. (*LÁRUS intenta decir algo.*) Seré una mala persona, pero no soy tonta.

LÁRUS.— Vamos a estar bien.

AMALIA.— Le tomé cariño.

LÁRUS.— ¿Y con eso qué?

AMALIA.— Es que vos... no la conocés; en lo único que pensás en obtener la fórmula.

LÁRUS.— Que ya prácticamente la tenemos.

AMALIA.— Pero yo...

LÁRUS.— Amalia, por favor.

AMALIA.— Estoy muy nerviosa.

LÁRUS.— No es el momento.

AMALIA.— No sé qué me pasa.

LÁRUS.— Ya falta poco. Con lo de hoy ya casi lo tenemos. Quizá hagan falta una o dos extracciones más...

AMALIA.— Lo mismo dijiste la seman.

LÁRUS.— Pronto nos vamos a ir y.

AMALIA.— Es que... ella es frágil, ella... necesita que yo... Date cuenta, yo no puedo desaparecer de acá así, de repente, sin dar una explicación, sin.

LÁRUS.— Vos lo dijiste. Pusimos normas. Hay un plan. No cumplir con el plan sería...

AMALIA.— (*Prensa atención.*) ¡Sh!

LÁRUS.— ¿Qué pasa?

AMALIA.— Viene alguien.

LÁRUS.— ¿Quién?

AMALIA.— ¡Sh!

Sale al pasillo a fijarse.

AMALIA.— Es Cardozo. Se habrá olvidado de algo. Dale. Por ahí. Metete ahí. Escondete.

LÁRUS se esconde detrás de una cortina. Entra CARDOZO. Trac un sobre en la mano¹. Durante lo que sigue veremos a LÁRUS escondido.

AMALIA.— ¿Se olvidó de alg?

CARDOZO.— ¿Estabas con alguien?

AMALIA.— No.

CARDOZO.— Me pareció oír voces.

AMALIA.— Estoy sola.

CARDOZO.— Necesito que hablemos.

AMALIA.— Julia está en el laborat.

CARDOZO.— Sí, ya sé. Es con vos con quien necesito hablar. Quiero que me escuches con mucha atención. Sé que le están sacando sangre a Julia.

AMALIA.— Per.

CARDOZO.— Escuchame. No sirve de nada. Ni a ella le hace mal, ni puede beneficiar a esos dos.

AMALIA.— ¿Esos dos?

CARDOZO.— El islandés que se hace pasar por médico y su amante, la enfermerita esa.

AMALIA.— ¿Qué enfermerita? ¿Ingrid?

¹ Quizá debería ser el mismo sobre de los estudios de Valeria.

CARDOZO.— Se creen tan astutos y son tan obvios. (*AMALIA se perturba.*)

Amalia, prestame atención. Amalia.

AMALIA.— Sí...

CARDOZO.— Tomé una decisión. Quiero curarla.

AMALIA.— ¿Eh?

CARDOZO.— A Julia.

AMALIA.— ¿Curarla?

CARDOZO.— De su desazón.

AMALIA se echa a llorar.

CARDOZO.— Amalia... Sé que la querés. Por eso sé también que puedo contar con vos. Esto lo vengo planeando desde hace ya tiempo. Hubiera querido decírtelo con algo más de anticipación, pero hoy se precipitó todo y.

AMALIA.— ¿Qué... cosa?

CARDOZO.— Lo que te voy a contar no lo sabe nadie y vas a creer que es la fantasía nacida de una imaginación afiebrada. (*Breve silencio.*) Vos sabés de... nuestra «condición». Yo estoy envejeciendo. La pócima que nos hizo inmortales no fue igual para los dos. Ella va a ser joven siempre. Y yo... voy a ir envejeciendo... para siempre. Cuando la conocí éramos los dos... iguales. Pero ella siempre va a tener el aspecto que tiene ahora y yo... me voy a ir marchitando... En una época hubo rumores de que éramos vampiros. Pero no. Como sabés, no somos vampiros. Somos inmortales.

Pausa.

CARDOZO.— Por aquel entonces yo era demasiado joven, demasiado omnipotente, y estaba demasiado enamorado. Quise darle lo que suponía que cualquiera puede desear más en el mundo. No sabía cuánto me estaba equivocando.

Silencio.

CARDOZO.— Yo la forcé. No una, sino varias veces. Creía que me lo debía. Por lo que había hecho por ella. Creía que me debía algo de... amor. (*Breve silencio.*) Cuando la dejé embarazada sintió que era lo peor que

podía pasarle. Estuvo los nueve meses llorando. Me odiaba. Decía que no podía haber maldición más diabólica y siniestra que la suya. Parir un hijo para verlo envejecer y morir y llorarlo durante el tiempo que nunca se va a terminar. Fue por eso que soborné a los médicos y le hice creer que el bebé había nacido muerto. Pero en secreto, lo di en adopción. Y nunca más supe de él.

Breve silencio.

CARDOZO.— A partir de ese momento el carácter de Julia se fue agriando más cada día. Y de la misma manera en que yo me marchito por fuera, ella se fue marchitando por dentro. Yo pensaba que eso no tenía solución. Hasta que un día, hace un par de veranos, la vi acariciando a uno de los cachorros de la Pointer de la Casa Azul que se había colado hasta nuestro parque por un hueco del alambrado. Vi un brillo en los ojos de Julia que yo ya creía imposible. Y fue entonces que comprendí. Que la inmortalidad no tiene que ver con la ausencia de muerte sino con la presencia de amor. Así que me decidí y empecé a buscarlo. A nuestro hijo. Con la confianza de encontrarlo y de que eso es lo que le va a dar consuelo, de que esa va a ser su cura. Desplegué todos mis recursos, todas mis influencias y gasté todo lo que hizo falta...

Se interrumpe. Le cuesta hablar debido a la emoción. Continúa.

CARDOZO.— Y al parecer... lo encontramos.

Mira por la ventana. Señala hacia el jardín.

CARDOZO.— Todo indicaría que es él. No fue fácil hacerlo llegar hasta aquí. Con mi equipo de ayudantes lo fuimos atrayendo de manera astuta y taimada. Él siempre creyó que era una casualidad que se enlazaba con la otra. Pero no fue ninguna casualidad lo que lo trajo hasta acá, como a muchos otros que también podían ser. Que Julia lo eligiera de entre los postulantes fue toda una clave. Hay cierto parecido, ¿o no? La semana pasada fui yo el que provocó el accidente que tuvo con la podadora. Lo curé y así fue que me quedé con una

muestra de su sangre para hacer los estudios. Acabo de recibir el sobre con los resultados. *(Mira el sobre que ha dejado sobre el escritorio.)*

AMALIA.— ¿Y?

CARDOZO.— No sé. No me atrevo a abrirlo. *(Breve silencio.)* ¿Lo... harías por mí?

AMALIA toma el sobre. Lo abre lentamente. El suspense es insoportable. Saca un papel de dentro del sobre. Lo lee con los ojos. CARDOZO no soporta la intriga. Finalmente.

AMALIA.— Positivo.

CARDOZO se conmueve, pero sabe lo que tiene que hacer.

CARDOZO.— La avioneta está esperándome. Me voy a ir y ya nunca voy a volver. Voy a mandarles plata para que no les falte nada. Vos vas a retenerlo, con dulzura y amabilidad, como sabés. Que continúe viniendo a la casa una vez por semana. Vos y yo vamos a mantener correspondencia y vas a ir contándomelo todo. Cada una de sus reacciones. El modo en que se miran. Y un día, en que el vos consideres que ya es apropiado, les vas a contar el secreto. Les vas a contar esta historia. Para ese entonces el odio de Julia hacia mí ya habrá cicatrizado y sólo seré un recuerdo borroso para ella.

AMALIA.— Pero, señor, ¿por qué? ¿Irse ahora, justamente, que...?

CARDOZO.— Nuestra relación con Julia se ha vuelto tóxica. Ella no va a ser feliz si yo estoy cerca. Es demasiado lo que la hice sufrir.

AMALIA.— ¿Pero no es usted quien debería contarle? ¿Qué le voy a decir yo?

CARDOZO.— ¿De por qué me fui? Nada. Hoy la verdad no la creería y sólo alejaría a Jano de su lado.

Silencio.

CARDOZO.—¿Cuento con tu lealtad, Amalia?

Silencio.

CARDOZO.— ¿Cuento con tu lealtad?

AMALIA piensa. Toma una decisión.

AMALIA.— *(Para que lo oiga LÁRUS.)* Sí.

CARDOZO.— Siempre fuiste fiel. Y fuiste amable. Son pocas las personas que han sido amables con nosotros. La inmortalidad nos volvió demasiado arrogantes. *(Breve silencio.)* Si alguna vez tenés oportunidad, haceles entender que todo fue por amor. *(Está por salir, pero se vuelve.)* Ah, y respecto de esos dos truhanes, estaban planeando irse juntos. Te concedo el privilegio de decirles que todo lo que vienen haciendo es inútil. Adiós.

Salen. AMALIA se desmorona. Inmediatamente aparece LÁRUS desde su escondite. Obviamente lo ha oído todo y AMALIA lo sabe.

LÁRUS.— *(Llama.)* ¡Ingrid! ¡Sacha!

AMALIA.— ¿Es verdad? ¿Te ibas a ir? ¿Con esa...? ¿Me ibas a traicionar?

Entra INGRID seguida de SACHA.

AMALIA.— Lárus... Mirame.

INGRID.— ¿Qué pasa?

LÁRUS.— *(A SACHA.)* ¡Rápido, a la cochera! ¡Traelo!

INGRID.— *(En alemán, a SACHA.)* Bring Ihn. A Cardozo.

SACHA.— *(Saliendo.)* Cardozo, ja.

SACHA sale.

AMALIA.— Decímelo a la cara, Lárus, ¿te ibas a ir con ella?

INGRID.— ¿Qué pasó? ¿se lo contaste?

LÁRUS.— Ya saben todo.

AMALIA.— ¿Por qué? ¿Por qué?! ¡Me usaste! ¡Me...!

LÁRUS.— ¡Terminala, Amalia! Estamos con el lodo hasta el cuello. No pateales porque lo único que vas a lograr es empeorar las cosas. *(A INGRID.)* ¿Julia?

INGRID.— Se quedó dormida después de la extracción, como siempre. ¿Me podés hacer el favor de explicarme lo que pasa?

LÁRUS.— Aparentemente lo que venimos haciendo es inútil. No está en la sangre de Julia la clave. Sospecho que sí en la de Cardozo.

INGRID.- ¿Qué?

LÁRUS.- Lo que escuchaste, que.

INGRID.- ¿Inútil? ¿Qué es inútil? ¿Y qué es eso de Cardozo?

LÁRUS.- Que lo que creo es que su sangre tiene que ser la clave.

INGRID.- ¿Y de dónde sacás eso?

LÁRUS.- Es un razonamiento.

INGRID.- ¿Un razonamiento? No sé si te sigo.

LÁRUS.- ¿No fue así en el comienzo?

INGRID.- ¿Qué comienzo?

LÁRUS.- Eva nació de una costilla de Adán. En Adán está la clave.

INGRID.- ¿Y Cardozo sería Adán?

LÁRUS.- Fue el primero.

INGRID.- ¿Qué idiotez estás diciendo?

LÁRUS.- Que si él fue el primero...

INGRID.- Pará. Pará un poco acá mismo. ¿Vos me estás diciendo que nos estamos inyectando la sangre de aquella para nada, y que desde hace semanas estamos haciendo algo que no sirve para nada, y me venís con un cuento de Adán y Eva? Esto no es una maldita Biblia. Esto es un negocio.

LÁRUS.- Tranquila, Ingrid.

Maria.- ¿Tranquila? ¿Cómo querés que me quede tranquila? (*A Amalia.*) Él me prometió. Hizo que me acostara con él con la promesa de ser joven eternamente y de tener una mina de oro corriendo por mis venas.

LÁRUS.- Y voy a cumplir.

De pronto AMALIA deja escapar una risa. La miran.

AMALIA.- No. No vas a cumplir. Nada van a obtener.

LÁRUS.- Vos no te metas.

AMALIA.- Lo que no entiendo es cómo no me di cuenta. Cómo no lo vi. Claro, el amor. El amor es un vidrio muy oscuro. Eso no me dejó ver. Pero vos sos un idiota Lárus. ¿Todavía no te diste cuenta? Yo inventé todo esto.

INGRID.- ¿Qué?

AMALIA.- (*A INGRID.*) Yo le hice creer que en la sangre de Julia iba a encontrar la fórmula. Pero era nada más que para atraerlo a mi corazón. (*A LÁRUS.*) Y no lo viste, (*A INGRID.*) de la misma manera que yo

no vi que él haría lo mismo con vos. No existe ninguna fórmula. Ni en la sangre de Julia, ni en la de Cardozo, ni en la de nadie. Y nosotros tres somos los eslabones de una cadena miserable.

De pronto VALERIA parece comprender algo.

AMALIA.— Quizá... quizá sólo quien sea que nos haya creado sabe de qué manera vamos a alcanzar eso que tanto buscás Lárus, eso por lo que darías todo Ingrid. Y la inmortalidad tal vez sólo sea un destello, un relámpago, eterno para Ella y fugaz para nosotros, y...

LÁRUS.— ¡No, no, no! No voy a renunciar ahora. Después de todo lo que hice, no voy a renunciar. ¡Mírenme! ¿Esta carne no merece la inmortalidad? La naturaleza nos impulsa a mejorar la especie, el amor a arruinarla. No, no voy a renunciar. Quizá no pueda disfrutar como alguna vez imaginé, pero voy a seguir. Hasta las últimas consecuencias. Y no importa a dónde eso me lleve.

Reingresa SACHA empujando la silla de ruedas a la que está atado CARDOZO.

CARDOZO.— Tampoco me importó a mí, y eso me llevó a.

Pero SACHA le pone en boca y nariz una gasa con cloroformo. CARDOZO se duerme instantáneamente.

LÁRUS.— Bien hecho.

AMALIA.— Lárus, por favor...

LÁRUS.— (A SACHA.) Conectame.

SACHA.— Ahorra mismo, Herr Lárrus.

LÁRUS.— (Quitándose la chaqueta.) Vas a transfundirme.

SACHA.— (Poniéndose pone manos a la obra.) ¿Transfusión regular o Protocolo H?

LÁRUS.— Protocolo H. Va a ser todo o nada.

SACHA.— Todo o nada. Herr Lárus ariesga parra prrogreso ciencia. (A INGRID.) ¡Protocolo H!

INGRID y SACHA se ponen manos a la obra. SACHA ingresa un extraño aparato montado sobre una mesita con ruedas. Tiene botones, palancas y un monitor.

AMALIA.— Basta, Lárus. ¿Es que no te das cuenta? Nada tiene sentido.

Pero LÁRUS no le hace caso. SACHA e INGRID se colocan sendos delantales, guantes de látex y antiparras. LÁRUS se quita la camisa y se pone un camisolín.

AMALIA.— Todo esto es absurdo. Vivamos lo que tengamos que vivir. De forma sencilla. (Por CARDOZO.) Él me lo dijo, y vos lo escuchaste. Vas a ser infeliz... para siempre. Ella no te ama.

LÁRUS.— (Sin hacele caso, a SACHA.) ¿Todo listo?

SACHA.— Ja, herr Lárus.

LÁRUS se acerca a SACHA e INGRID. Le hacen una canalización en la yugular. Otro tanto hacen con CARDOZO. SACHA manipula instrumentos.

SACHA.— Eins... zwei... ¡Drei!

Un trueno hace temblar los cristales. El Protocolo H comienza. SACHA observa los instrumentos. Luego se quita los guantes.

SACHA.— Bueno, ahorra hay que esperrrar. (Por la lluvia afuera.) Cómo se largó, eh. (Va hacia donde está INGRID.) Ah, Ingrrrrid. Te conseguí lo que necesitabas. Parra caída de cabello. Son gotas. Trres gotas. (Le da un gotero. INGRID hace que las va a tomar.) No, idiota. A la raíz del pelo. Antes de dorrrrmir. Te quedarrrá prrrrimorroso como a mí. Ah, y eso que prreguntaste otrro día, si soy hombre o mujerr...

Continúan hablando pero ya no oímos sus voces. En cambio se vuelve audible la transfusión / protocolo. Un goteo primero tenue y que va haciéndose más intenso hasta ser un burbujeo alarmante. Tanto LÁRUS como CARDOZO empiezan a sufrir espasmos en todo cuerpo. Cuando empieza a salirles espuma por la boca, AMALIA se alarma y llama la atención de SACHA.

AMALIA.— Lárus... ¿Lárus...? (A SACHA.) ¿Qué les pasa?

SACHA e INGRID miran y notan que algo extraño está sucediendo.

INGRID.— ¿Qué pasa?

SACHA.— (Por los instrumentos, con cierta alarma.) Oh.

INGRID.— ¿Qué?

SACHA.— *(Mira por un microscopio, los instrumentos, el monitor. Cada vez más alarmada.)* Oh, oh. Oooh.

INGRID.— ¿Pero es normal esto? ¿Qué le pasa? ¿Lárus?

SACHA.— ¡Sus células!

INGRID.— ¿Qué pasa con sus células?

SACHA.— Están... ah... cómo se dice... *(En alemán.)* Einbeziehend. Eh... Involucionando. Invilucionando.

INGRID.— ¿Eh?

SACHA.— Evoluciona al revés. Se está... simplificando.

Los movimientos de LÁRUS son cada vez más extraños.

INGRID.— No... no entiendo. *(Por LÁRUS.)* ¿Por qué le sale eso de ahí?

SACHA intenta algo con los instrumentos. De pronto se da cuenta de algo.

SACHA.— ¡Claro! Eternidad tienerr dos sentidos. Un hacia futuro... ¡evolución! y otro hacia pasado... ¡involución! *(Se alegra.)* Ah, me salió la palabrra. Algo se falló ¡error! en el prroceso de síntesis química al fundir sangrrre de petiso con rubio.

INGRID.— ¡Abortemos!

SACHA.— Estoy intrrentando de inverrtir... Reverrtir... Eh... hacerr parra el otrro lado... ¡No sé cómo se dice! *(Vuelve a mirar por el microscopio.)* Aunque... oh, oh... involución es muy rápida. Seguirr así y prronto podrría quedar converrtido en ameba.

INGRID.— ¡Pero desconectá eso!

SACHA.— Si detengo proceso ahorra quedarrá en este estadio prrimate.

Un sonido simiesco sale de LÁRUS. SACHA e INGRID lo miran inquietas. Se oye otro trueno. Todo parece detenerse. De pronto LÁRUS lanza un chillido. Indudablemente de trata del sonido de un simio. SACHA, INGRID y AMALLA se alarman.

INGRID.— ¿Qué pasó?

SACHA.— ¿Qué te dije? Estacionó en estadio prrrimate.

LÁRUS ahora se comporta, en todos los aspectos, como un simio. Se quita la cánula del cuello con un grito.

SACHA.— ¡Oh, no!

LÁRUS.— ¡Ugh, ugh!

INGRID.— ¡Lárus!

LÁRUS.— (*Sufriendo por no poder expresarse.*) ¡Ugh, ugu ugu, ooogh!

Avanza hacia INGRID y SACHA.

INGRID.— ¡Ah!

SACHA.— ¡Fascinante!

LÁRUS simio se trepa a una columna. Luego baja y huele a CARDOZO. AMALIA le habla.

AMALIA.— ¡Lárus...?

LÁRUS simio presta atención. Parece reconocer la voz.

AMALIA.— ¡Mi amor?

LÁRUS simio se gira hacia ella. Hay un momento en que se miran con ternura. LÁRUS simio alarga su brazo. AMALIA hace otro tanto. Parece que se entienden. Hacen contacto. Algo estremece a ambos. Luego AMALIA quiere acariciarle la cara, pero en el momento en que lo hace, LÁRUS simio tiene una reacción violenta, chilla y sale corriendo hacia las habitaciones.

AMALIA.— ¡Lárus!

Sale tras él.

SACHA.— ¡Que no escape! ¡Es valioso!

INGRID.— ¡Valioso?

SACHA.— Valioso. Parra la ciencia.

INGRID sale. SACHA sale empujando a CARDOZO que sigue inconsciente. El lugar queda solo un momento. Entra JULIA, llamando.

JULIA.— ¡Amalia! ¡Amalia?

Tras ella, entra JANO. La venda se ha desprendido.

JULIA.— ¿Se fueron todos? *(Empieza a buscar en algún estante.)* Dejame que por algún lugar tiene que haber algo para poder cambiarte esa venda... Qué desorden que hay acá. *(Retoma la conversación que se había iniciado fuera, mientras hace un poco de orden.)* Y me estabas hablando de... Ah, sí, esas que tienen dos colores, ¿cómo era que me dijiste que se llamaban esas flores?

JANO.— Camelias. Hay diferentes tipos. Pero apenas tienen perfume.

JULIA.— *(Ha encontrado una especie de botiquín.)* Es la primera vez que las veo. Vení, esto tiene que servir. ¿Sabés qué pienso? Que si mi bebé no hubiese muerto al nacer creo que se parecería a vos.

Durante lo que sigue le cambiará la venda de la mano.

JULIA.— Seguí contándome.

JANO.— ¿Qué?

JULIA.— Todo. Tu vida...

JANO.— Es una vida muy común. No tiene...

JULIA.— Por eso. Cuando me desperté en la silla y te vi ahí en el jardín mirando cada hoja de cada una de las plantas pensé... él sí puede disfrutar... él se interesa por esa hoja que está marchitándose y por ese pimpollo que acaba de nacer. ¿Cómo es?

JANO.— ¿Eh?

JULIA.— ¿Cómo es... sentir interés por la vida?

JANO.— Señora...

JULIA.— Decime Julia por favor.

JANO.— Julia... Yo hago mi trabajo, nada más.

JULIA.— Sos muy afortunado. Una familia te adoptó y te dio su amor. Te cobijó. *(Nota que Jano está emocionado.)* ¿Qué pasa?

JANO.— Es que nunca lo pensé así. Usted...

JULIA.— «Vos».

JANO.— Vos... tenés todo esto. Y podés elegir. Yo no elegí ser jardinero. Yo no elegí nunca nada. La vida... me lleva por donde ella quiere. *(Ríe un poco.)* Soy un barco de papel.

JULIA.— ¿Eh?

JANO.— Así me decía Valeria.

JULIA.— Tu mamá adoptiva.

JANO.— Sí. «Jano, sos un barco de papel. El agua es más fuerte que vos.»

JULIA.— (*Repite fascinada.*) «El agua es más fuerte que vos.»

JANO.— La vida es más fuerte que uno. Bah, eso es lo que entendí.

JULIA.— ¿Y ella...?

JANO.— Murió. Hace un año. La extraño. La extraño mucho.

JULIA está conmovida. Ha terminado de cambiarle la venda.

JULIA.— Ya está. ¿Quedó muy ajustada?

JANO.— No, está bien. Gracias.

De pronto aparece LÁRUS, convertido en primate y desnudo. Se detiene al ver a JANO y JULIA. Estos se quedan atónitos.

LÁRUS.— ¡Ugh, ogh, ugh!

JULIA.— ¿Qué es eso?

JANO se interpone para proteger a JULIA de la bestia.

JANO.— ¡Fuera! ¡Fuera!

LÁRUS.— Ugh, ugh... ¿Ogh?

AMALIA aparece.

AMALIA.— Lárus... tranquilo.

JULIA.— ¡Cuidado, Amalia!

AMALIA.— (*A JULIA y JANO.*) Tranquilos. No hace nada. (*A LÁRUS.*) Lárus...

LÁRUS.— ¿Ugh?

AMALIA.— (*Llevándose a LÁRUS. Quizá lo hace dejándole miguitas en el piso que LÁRUS va comiendo.*) Perdón, Julia. Después... te explico. (*A Lárus.*) Ts, ts... por acá, por acá...

AMALIA sale seguida de LÁRUS. Silencio.

JULIA.— No tenía idea de que Amalia tenía una mascota.

De pronto JULIA tiene una epifanía.

JULIA.— Por supuesto. Claro.

JANO.— ¿Eh?

JULIA.— Me acabo de acordar.

JANO.— ¿De qué?

JULIA.— Lo que soñé hace un momento, mientras me hacían el tratamiento. Ella lo ama. Pero es... como si fuera su mascota. Sabe que ese amor es imposible, que nunca van a poder estar juntos. Pero no termina de resignarse. Ella... Ah, sí.. La vi salir de su casa... vi... *(Algo acude a su mente.)* Ya sé... *(Se excita cada vez más.)* Ay. Ya sé donde vive. Ya sé dónde vive. Ahora voy a poder encontrarla. En mi sueño voy a poder encontrarla. Ahora... Gracias, Jano.

JANO.— ¿Por?

JULIA.— Por devolverme las ganas de... *(Se interrumpe. De pronto algo cruza su mente y se avergüenza. Tímida:)* ¿Me podrías amar?

Empieza a sonar una música incidental.

JULIA.— A una mujer como yo. ¿Podrías amar, Jano, a una mujer como yo?

JANO.— *(Bajando la mirada.)* Yo... Yo soy el jardinero, Julia.



Valeria Radioactiva, de Javier Daulte. Foto de @ATOMOBIT.

Actores: María Onetto y Jorge Gentile

Pero JULIA se acerca y con la mano hace que levante el rostro. JANO y JULIA se miran. Sus bocas se aproximan. El momento se prolonga. Finalmente se funden en un beso.

Oscuro.

Ficción uno: Valeria radioactiva

1

Han pasado siete meses desde el final de la primera parte (ficción uno).

PERCY hablando por teléfono. Quizá el momento es idéntico en todo al comienzo de obra.

PERCY.— Sí, a las cuatro te paso a buscar. Perfecto. ¿Y por qué no está el obstetra? ¿Pero va a estar cuando nazca? Ah. Bueno. Okey. Sí.

Entra LILI de la calle con unos cuantos diarios. Los enarbola llamando la atención de PERCY. Este le hace una seña y sigue hablando.

PERCY.— *(Al teléfono.)* Entonces a las cuatro. Sí, todo bien por acá. Vamos a ver qué reacciones hay. Sí, justo ahora lo tengo delante. *(Efectivamente LILI le ha puesto uno de los diarios delante para que lea.)* Bueno, «revuelo»... Un poco de ruido. Ya sabés cómo es esto, Julia. Bueno, un beso. Chau.

Corta. Inmediatamente mira el diario que trajo LILI.

LILI.— ¡«Un beso»?

PERCY.— ¿Qué querés que le mande, un apretón de manos? *(Por el diario.)* Copete en la primera página. Bien. *(Lee.)* «Hoy se conocerá la verdadera identidad de Marcelo Miró.» *(Abre le diario y busca la continuación de la noticia.)*

LILI.— *(Mientras empieza a acomodar cosas en el lugar.)* Salió en todos lados.

PERCY.— *(Leyendo.)* «Como si no alcanzara con el éxito sin precedentes de la primera temporada de El Inmortal, para el lanzamiento de la segunda parte, la verdadera cara detrás del misterioso Marcelo Miró se revelará en una rueda de prensa hoy a las once en una mansión en...» Bla, bla, bla.

LILI.— No te nombran.

PERCY.— Nunca me nombran.

LILI.— Deberían.

PERCY.— Tampoco soy un escritor fantasma. Es como funcionan estas cosas.

LILI.— (*Por lo que acomodó en el escritorio.*) Yo creo que así más o menos se puede ver bien. (*Señala un extremo del espacio.*) Supongo que acá van a querer plantar las cámaras. ¿Traigo la silla de ruedas?

PERCY.— Le preguntamos a ella.

LILI.— No va a querer.

PERCY.— No. Pero que lo decida ella.

LILI.— ¿Ya le comentaste?

PERCY.— ¿Lo de mudarme a un despacho propio? Sí. No. Bah, se lo insinué.

LILI.— ¿Y entendió que es lo mejor para todos? Que ella así va a tener su espacio, vos el tuyo.

PERCY.— Lili. Está bien. No me expliques lo que ya sé.

LILI.— Mi amor...

PERCY.— Hoy es un día muy.

LILI lo hace callar apoyándole un dedo en los labios y le rodea el cuello con los brazos.

LILI.— Todo va a estar muy bien. Tenemos un éxito. Vos y yo estamos bien. El embarazo de tu ex va fenomenal.

PERCY.— No es todo tan fácil, Lili.

LILI.— (*Algo harta.*) Uh, sí, ya sé, que te acabás de separar, que los chicos, que Valeria, que El Inmortal. ¿En qué siglo vivís, Percy? A los problemas se les busca solución. ¿No la tienen? Se sigue para adelante.

PERCY.— Eso te lo enseñé yo.

LILI.— No parece. Porque te la pasás mirando todo como si fueras vos el que se está por morir.

PERCY.— Sabés que no me gusta que hables así.

LILI.— Hablo así porque te quiero y me angustia verte mal.

Oímos la voz de VALERIA.

VALERIA.— (*Entrando.*) ¿Qué estuvieron haciendo que hay tanto polvo flotando acá?

VALERIA lleva un pañuelo que le cubre la cabeza. La quimioterapia la ha dejado calva. Sus piernas están débiles. Sus ojos lucen hundidos en sus cuencas. Está muy

pálida y tiene los labios resecos. Aun así, no está vencida y su ánimo está más agrio que de costumbre.

LILI.— Hola, Valeria. Limpié un poco acá y acomodé un par de cosas para la.

VALERIA.— ¿Limpiaste? ¿Vos? No sé qué me sorprende más, que conozcas el verbo o que lo sepas conjugar. (*A PERCY.*) Bueno, la convivencia no va a ser tan imposible después de todo.

PERCY.— (*Haciendo caso omiso del sarcasmo de VALERIA.*) ¿Nerviosa?

VALERIA.— No.

PERCY.— Se entendería.

VALERIA.— «Se entendería»... Qué raro que sos para hablar a veces.

PERCY.— Quiero decir que vas a dar la cara.

VALERIA.— Si considerarás que esto es una cara... (*A LILI.*) Ay, chiquita, ya que estás con la cartera, ¿por qué no te vas? Me agarra una sensación de ahogo viéndote con la ropa tan ajustada. Y como estoy con la salud algo delicada...

LILI.— (*Tragando furia.*) Voy a hacer unas llamadas, Percy.

Sale.

VALERIA.— ¿Estuve muy guaranga?

PERCY.— Bastante.

VALERIA.— Puedo esmerarme un poco más.

PERCY.— Basta, Valeria.

VALERIA.— ¿Basta qué?

PERCY.— En serio, basta.

VALERIA.— Vos me decís «basta» a mí. Muy bueno.

PERCY.— Estás insoportable.

VALERIA.— Me imagino.

PERCY.— No, no te imaginás lo que es aguantarte últimamente.

VALERIA.— No, es cierto; no me imagino, ni me interesa. Justamente, *ese* trabajo de imaginación no me corresponde.

Breve silencio.

PERCY.— (*Mostrándole un papel.*) Este es el listado de periodistas. Todos los que elegiste confirmaron. (*Por el papel.*) Agarrá.

VALERIA.— (*Lo toma y lo mira por encima.*) Ajá, ajá, ajá. (*Lo deja caer al suelo.*)
¿Qué te quedás mirando? Se me cayó. ¿Lo vas a levantar o pretendés q?

PERCY.— (*levantando el papel.*) Te dejo sola.

VALERIA.— No.

PERCY.— ¿Para qué querés que esté? ¿Para hacerme sentir mal por no estar enfermo como vos? ¿Por tener una vida, por?

VALERIA.— Terminala, Percy. Y tratá de tranquilizarte porque cuando te alterás hacés unos mohines espantosos. Con la boca. Y hacés ademanes raros.

PERCY intenta armarse de paciencia.

PERCY.— ¿Por qué no hablamos? En serio, Valeria. Hace una semana que estás con un humor de perros. ¿No querés saber cómo estoy con Lili, cómo estoy viviendo lo del divorcio? ¿Del hecho de que me voy a poner un despacho en otr?

VALERIA.— ¡No!

PERCY.— Vos no estás bien y.

VALERIA.— Me iba a morir en tres meses y ya pasaron siete. Yo diría que desde esa perspectiva estoy más que bien. En cambio a vos se te ve bastante... nerviosito. Tendrías que hacerte ver.

Silencio. PERCY piensa y luego larga:

PERCY.— Me... voy a ir.

VALERIA.— Uy, sí que estás monotemático hoy. Ya me dijiste. Estoy terminal pero me funcionan las neuronas todavía. ¿Lindo el nuevo despacho? ¿Te lo decoró la nena?

PERCY.— No... Lo que quiero decir es que no voy a seguir trabajando con vos.

VALERIA.— ¿Qué estás diciendo?

PERCY.— Lo que oíste.

VALERIA.— Sí, yo sé lo que oí; vos sos el que no sabe qué dijo.

PERCY.— No lo sabe nadie todavía. Pero acabo de tomar la decisión.

VALERIA.— ¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerte un maxiquioso?

PERCY.— Voy a abrir mi propia productora.

VALERIA *suelta una carcajada.*

PERCY.— No quiero que te sientas mal. Pero esto no lo quiero aguantar más.

VALERIA.— ¿Cuándo decís «esto» te estarías refiriendo a mí?

PERCY.— No doy más, Valeria, en serio.

VALERIA.— ¿Vos no das más? ¿Vos? No me hagás reír. ¿Y yo qué tengo que decir entonc?

PERCY.— ¡Pará de ser el centro del mundo! ¡Pará! ¡No sos la única persona a la que le pasan cosas ¿sabías?!

VALERIA.— ¡No me grites!

PERCY.— ¡Vos no me grites!

VALERIA.— ¡A mí no me vas a decir cómo tengo que hablar!

PERCY.— ¡Tener talento y estar enferma no te dan el derecho a tratar a los demás como si fuesen basura! ¡Yo siempre estuve al pie del cañón! ¡Yo siemp!

VALERIA.— ¡Porque te convenía!

PERCY.— ¡Fui fiel!

VALERIA.— ¡Porque te convenía!

PERCY.— ¡Me usaste como te dio la gana!

VALERIA.— ¡Vos me usaste! Sin mí vos no sos nada. Vos no sos nadie. ¡No tenés ningún talento! ¡Sin mí no llegás ni hasta la esquina! ¡Sin mí sos apenas una mariquita con ínfulas! ¡un mediocre que se cree la gran cosa!

PERCY, en un arrebato, empieza a meter sus cosas en un maletín. Tiembla de furia. Se nota su determinación. VALERIA se desespera. Se rebaja dramáticamente.

VALERIA.— No, no; ¿qué estás haciendo?

Pero PERCY no responde y continúa con lo suyo.

VALERIA.— Por favor, perdoname. No te vayas, no te vayas. Perdoname, Percy. No quise. Estoy muy alterada. Yo... Yo no voy a poder soportar que te vayas. Te juro que no lo hago más. No te vayas. Por favor.

PERCY la mira un momento. Luego sale.

VALERIA.— ¡Yo te amo!

Silencio. PERCY regresa.

PERCY.— ¿Qué decís?

VALERIA.— Te amo.

PERCY.— ¿Vos? Vos no sabés nada del amor.

VALERIA.— Sí, sé.

PERCY.— No quiero escucharte.

VALERIA.— Todo lo que escribí en estos años, todas esas historias de amores imposibles, sufridos y espantosos, ¿de dónde creés que salieron? Vos lo sabés, Percy. Vos siempre lo supiste. Yo inventé mundos donde poder amarte.

Silencio.

VALERIA.— Te amo. Y te pido perdón. Y te pido... que no me dejes.

PERCY se planta frente a ella. Siente impotencia y angustia.

PERCY.— ¿Qué es lo que querés?

VALERIA no responde.

PERCY.— ¿Eh? ¿Qué? Ni siquiera vos lo sabés. ¿Se supone que tengo que adivinar qué es lo que querés? Ese fue siempre mi trabajo ¿no? Adivinar. Sacarte los pensamientos que ni siquiera sabés que tenés. ¿Qué es lo que tengo que adivinar ahora? ¿Eh? ¿Qué te debo? No sé cómo hacer para que no te mueras. Eso no lo sé hacer. Y por eso me voy. Porque a mí también me duele no saber hacerlo.

VALERIA.— ¿Qué me debés? Vos me debés todo, Percy.

PERCY.— Basta, en serio.

VALERIA.— Cada cosa que tuviste desde que te conocí hace doce años me la debés a mí. No hay nada que tengas que no me la debas a mí. Tu prestigio, tu ex mujer, tu actual mujer, tus hijos, la casa en la que vivís, el auto que usás, la ropa que te comprás. Todo.

PERCY.— ¡Okey! ¡Tomá entonces.! ¡Tomá todo!

Torpemente se saca el reloj. Vacía sus bolsillos.

PERCY.— ¡Tomá!

Le tira el reloj y lo que sacó de sus bolsillos a la cara. Luego se saca los zapatos y el cinturón y hace otro tanto.

PERCY.— ¡Tomá! ¡Todo es tuyo! ¡No quiero nada de vos!

VALERIA.— ¡¡Pará!!

PERCY se detiene. Está agitado.

VALERIA.— La camisa.

PERCY.— ¿Eh?

VALERIA.— Que también me debés la camisa. La quiero.

PERCY.— ¿La camisa? (*Quitándose la.*) Tomá.

La arroja a los pies de VALERIA.

VALERIA.— Y el pantalón.

PERCY, con arrebato, empieza a quitarse el pantalón.

VALERIA.— Despacio.

PERCY.— ¿Eh?

VALERIA.— Que lo hagas despacio.

PERCY vacila.

VALERIA.— Hace doce años que estoy esperando esto. Así que hacelo despacio.

Silencio. Percy se quita el pantalón lentamente.

VALERIA.— (*Le señala los calzoncillos.*) Y eso.

Percy se quita los calzoncillos. Queda desnudo, completamente vulnerable. Silencio. Valeria lo contempla un largo rato. Se acerca. Le toca alguna parte del cuerpo.

VALERIA.— Eras tan joven cuando te conocí. Eras tan hermoso. Pero vos también te estás deteriorando. Y eras perfecto en mi imaginación.

Le da la espalda. Sale en silencio. PERCY se queda sin reacción. Aparece HORACIO hablando por celular.

HORACIO.— Vos me estás jodiendo. ¿Pero cómo puede ser? ¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? Es que es impos. *(Pero se interrumpe al ver a PERCY. Tapa el auricular.)* Perdón, ¿qué...? ¿Por qué estás desnudo?

PERCY.— Porque me saqué la ropa.

HORACIO.— ¿Estás bien vos?

PERCY.— No.

HORACIO.— ¿Valeria?

PERCY.— Tampoco está bien.

HORACIO.— Dónde está, digo.

PERCY.— Ah. Eh... *(Empezando a vestirse.)* Por ahí.

HORACIO.— *(Al teléfono.)* ¿Pero está confirmado? ¿Quién te dio esa info? ¿Y tenés idea de quién la filtró? Puta madre. Okey. Te llamo. *(Corta.)*

Estamos con problemas.

PERCY.— ¿Cuáles?

Se oyen algunos gritos fuera. Es JUDITH.

JUDITH.— *(Desde afuera.)* ¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde está esa turra?!

PERCY.— *(Por los gritos de Judith.)* ¿Esos serían los problemas?

HORACIO.— No. Esos serían otros y no sé de qué se tratan.

Entra JUDITH hecha una furia.

JUDITH.— ¡Valeria! *(Al ver a los otros.)* ¿Dónde está?

HORACIO.— Judith. Pará. ¿Qué pasó?

JUDITH.— Quiero hablar con Valeria.

HORACIO.— Ahora no. En cualquier momento empiezan a llegar los periodistas para la conferencia de prensa, y tenemos otros asuntos.

JUDITH.— ¡Me chupa un huevo la conferencia de prensa! ¿Lo vieron?

HORACIO.— ¿Qué cosa?

JUDITH.— ¿No lo viste?

HORACIO.— No sé de qué estás hablando.

JUDITH.— ¿De qué voy a estar hablando? Del capítulo lanzamiento de la segunda temporada que sale al aire esta noche. ¿No recibieron el link?

HORACIO.— Estamos con problemas, Judith.

JUDITH.— Por supuesto que estamos con problemas.

VALERIA.— (*Entrando.*) ¿Pero qué pasa que están gritando de esa manera?

JUDITH.— Ah. Acá estás.

VALERIA.— Qué alteración que traés. ¿Qué pasó?

JUDITH.— Vi el capítulo que va a salir esta noche.

VALERIA.— ¿Te gustó?

JUDITH.— No seas cínica, querés.

VALERIA.— Bajá el tono que me tenés a dos metros.

HORACIO.— Judith, por favor.

JUDITH.— ¿Y vos la cuidás encima?

HORACIO.— Jud.

JUDITH.— Me chupa un huevo que esté enferma o que se esté muriendo.

(*A VALERIA.*) Te fuiste a la mierda, Valeria. Todo tiene un límite.

VALERIA.— ¿Alguien entiende de qué habla esta mujer? (*A LILI que acaba de reingresar.*) ¿Pudiste hacer los llamaditos? (*A JUDITH.*) ¿Qué me decías, querida?

JUDITH.— Ese Sacha.

VALERIA.— ¿Qué pasa con Sacha?

JUDITH.— ¿Vos creés que soy pelotuda?

VALERIA.— ¿Es subjetivo el asunto?

JUDITH.— No vas a parar de insultarme parece. Cualquiera puede darse cuenta de que te inspiraste en mí.

VALERIA.— Me alegra que te hayas dado cuenta. No todos advierten los homenajes.

JUDITH.— Un Nazi andrógino. ¿Ese es el homenaje?

PERCY.— Bueno, hay que admitir que es un lindo personaje.

JUDITH.— Yo soy judía, ¿o me vas a decir que lo no lo sabías?

VALERIA.— ¿Te hubiera ofendido menos si no lo fueras?

JUDITH.— Y encima, convertiste a Amalia en la heroína.

VALERIA.— ¿Por qué «encima»? Alguien se tiene que morir al final de la historia, aunque falte para eso. Pero antes tiene que ser querida por la audiencia.

JUDITH.— (*A PERCY.*) ¿Amalia muere?

PERCY.— Al final de la historia sí.

JUDITH.— ¡Pero es un personaje secundario! ¿A quién le va a importar?
¿O no es un personaje secundario? ¡Uh, te burlás descaradamente de todo el mundo, te!

HORACIO.— Judith, basta, por favor.

JUDITH.— No puedo creer que vos estés tan pancho con.

VALERIA.— A vos lo que te pasa es que estás furiosa porque Lili te terminó rechazando a pesar de lo que le prometiste.

JUDITH.— ¿Qué?

VALERIA.— Y Lili se quedó con el papel y con Percy; vos con las ganas.

Silencio tenso. Todos miran a JUDITH.

JUDITH.— No estés tan segura de que me quedé con las ganas.

VALERIA.— Ah, eso sería una novedad. ¿Oíste, Percy?

PERCY.— (A LILI.) ¿Qué? ¿Vos? ¿Te...?

LILI.— Está inventando.

JUDITH.— «Pegame en la colita, así, pegame en la colita.» ¿Estoy inventando?

PERCY.— ¡Lili!

LILI.— Fue una sola vez, Percy; no me jodas.

JUDITH.— Pero intensa ¿o sigo con los detalles?

VALERIA.— Ay, terminala de una vez. Aprendé a disfrutar de algo una vez en tu vida. El Inmortal es un éxito. Y dentro de lo básico de tus ambiciones eso debería tenerte más que contenta.

JUDITH.— (A VALERIA.) No sé qué tanto éxito después del juicio que te voy a meter.

HORACIO.— ¡Paren un poco todos!

JUDITH.— Dejá de ser el moderador del mundo vos.

HORACIO.— ¡Estamos con problemas un poco más complicados que los tuyos, Judith! Acabo de recibir un llamado.

JUDITH.— ¿Qué llamado?

HORACIO.— Alguien vendió nuestra biblia.

JUDITH.— ¿Qué?

HORACIO.— Eso. Lo que acabás de oír. Que alguien vendió nuestra biblia.

VALERIA.— ¿«Nuestra» biblia?

PERCY.— ¿Quién?

JUDITH.— ¿A quién?

PERCY.— No, no puede ser. Si estaba acá. Sólo existe la copia en papel. Tiene que estar.

PERCY empieza a buscar. LILLI hace otro tanto.

JUDITH.— ¿Eso quiere decir...?

HORACIO.— Muchas cosas puede querer decir y todas son malas.

PERCY.— ¿Pero quién te dijo? ¿Quién la tiene?

LILLI.— (*Después de haber buscado.*) Acá no está.

JUDITH.— ¿A la competencia se la vendieron?

HORACIO.— Qué importa si a la competencia o a los medios. El tema es que van a spoilear la historia. Van a sacarnos lo que quieran.

JUDITH.— ¿Cómo?

HORACIO.— ¿Preguntás cómo? Van a hacernos saber que conocen el final.

Y van a extorsionarnos de la manera que quieran amenazándonos con hacerlo público. Y faltan tres años y cuatro meses de aire. Va a ser como tener una pistola en la nuca todo ese tiempo.

VALERIA.— Por suerte yo no voy a estar.

HORACIO.— La cosa no está para chistes, Valeria.

VALERIA.— ¿Eso te parece un chiste? Que sentido del humor raro que tenés vos.

PERCY.— Pero eso de acá no salió nunca. ¿Quién pudo ser? Porque los únicos que tuvieron acceso a...

Pero se interrumpe al advertir que está refiriéndose a los que están en esa habitación. Silencio.

JUDITH.— ¿Cabe alguna duda?

Mira a LILLI. Todos la miran.

LILLI.— No. Yo no...

JUDITH.— ¿Quién sino? (*Mira a todos.*) ¿Pero no vieron el capítulo? Ingrid está dispuesta a cualquier cosa con tal de llegar a donde quiere. Y ese personaje está claramente inspirado en ella.

HORACIO.— ¿Qué estás diciendo Judith?

VALERIA.— Lo que está diciendo es que yo sería como una... adivina. Y que en El Inmortal están las claves de todo lo que pasa en la realidad.

¿No me estarás otorgando demasiado poder?

PERCY.— (A LILI.) ¿Fuiste vos?

LILI.— ¡No!

JUDITH.— ¿Por qué pensás que se acuesta con vos? Yo fui su primer escalón, vos el segundo y así va a.

PERCY.— (A LILI.) ¿Fuiste vos?

LILI.— ¡Estoy diciendo que no!

HORACIO.— Puta madre.

LILI.— ¡Yo no vendí nada!

HORACIO.— (A PERCY.) Te lo dije. Le estabas dando demasiada confianza.

LILI.— ¡Pero yo no robé nada! ¡Yo no...!

Aparece TITO.

TITO.— Lili no fue.

Todos lo miran.

TITO.— Fui yo.

VALERIA.— ¿Tito?

TITO.— Necesitaba la plata.

HORACIO.— ¿Vos?

VALERIA.— ¿Pero cómo que necesitabas la plata? Si yo te doy plata.

TITO.— La necesitaba.

VALERIA.— ¿Para qué? ¿Para esos que viven en tu?

HORACIO.— Pero, Tito... Vos... ¿cómo pudiste? ¿Cómo...?

TITO.— Y además el final no me gustaba.

PERCY.— ¿Qué?

LILI.— ¡Pero este pibe...!

JUDITH.— ¿Y a quién se lo vendiste?

HORACIO.— A esta altura eso ya no interesa. ¡Pero la puta!

TITO.— Hay que cambiar el final.

HORACIO.— ¿Eh?

LILI.— ¿Cambiar el final?

JUDITH.— Estamos todos locos.

TITO.— Tenés que cambiar el final, mamá. Es la manera de que no puedan tener ningún poder sobre ustedes.

Los demás siguen protestando, pero HORACIO los hace callar.

HORACIO.— A ver a ver; ¿cómo sería eso?

VALERIA.— ¿Cambiar el final? ¿Pero qué va a saber este chico lo que es un final?

TITO.— Que Amalia no muera.

Silencio. Mira a su madre.

TITO.— Que ella se vuelva inmortal de alguna forma. Que viva con su mascota Lárus para siempre. Que sea feliz. Que encuentre la manera de ser feliz.

Silencio. Todos piensan. De pronto HORACIO aplaude.

HORACIO.— Sí, sí, sí. Es perfecto. Excelente idea. Eso es lo que vamos a decir a la prensa. Que sabemos que hubo una filtración de información y que no importa quién tenga la biblia, el final se está cambiando. Sea eso que decís, que Amalia no muera, o lo que fuere. Buenísimo, buenísimo, buenísimo. Es más, esto a la larga nos va a beneficiar. Sos un genio, Tito. Tenés a quien salir por lo visto.

JUDITH.— Por suerte no sacó de vos la habilidad de salvar el culo a cualquier precio.

HORACIO.— ¿Qué?

JUDITH.— ¿En serio no se dieron cuenta? (*Por VALERIA.*) Mírenla. Ella no tiene nada que perder. Y todo lo que nunca pudo decirle a nadie a la cara lo dice y de manera bastante explícita en este capítulo lanzamiento. ¿Será esta tu manera de despedirte?

HORACIO.— Listo, ya está. La verdad es que no entiendo cómo podés ser tan paranoica y no entend.

JUDITH.— Y yo lo que no entiendo cómo podés ser tan idiota, Horacio, que no te das cuenta de que Valeria deslizó que Tito es hijo tuyo. Porque supongo que sí te habrás avivado de que Cardozo sos vos. Y que Jano es Tito. «El hijo que nunca conoció y que rastreó con todos sus medios...» y patatín y patatán.

HORACIO.— ¿Eh?

JUDITH.— Pero si vos decís que todo es paranoia y nada más...

Silencio que se prolonga. La novedad ha caído como un balde de agua fría.

HORACIO.— No. Eso no... No, nada que ver. ¿Qué? Yo leí el libreto y vi el primer corte y no... Vos también lo viste, Percy. No... Eh... No, no, no. (A VALERIA.) Vale, decile. Dale, decile.

Pero VALERIA no responde y empieza a salir.

HORACIO.— ¿Es verdad?

Silencio.

HORACIO.— ¿Es verdad lo que Judith está diciendo?

Silencio.

HORACIO.— ¡Valeria, decí algo!

VALERIA.— Lo único que es verdad es lo que uno imagina. Todo lo demás es discutible.

HORACIO.— ¿Qué estás diciendo?

VALERIA.— Ya no importa, Horacio.

HORACIO.— Contestame.

VALERIA.— ¿Qué?

HORACIO.— ¿Él es hijo mío?

VALERIA.— Los cálculos dan que sí. No estuve con demasiados hombres en mi vida.

HORACIO.— Pero...

VALERIA.— ¿Qué?

HORACIO.— ¿Por qué no me lo dijiste?

VALERIA.— Esta es una forma de decírtelo.

HORACIO.— ¿Así? ¿Y que se entere todo el mundo?

VALERIA.— Al mundo no le interesa lo que te pasa a vos, Horacio. Ni lo que me pasa a mí. Al mundo lo único que le interesa es lo que pasa con personas que no existen.

HORACIO.— El mundo es algo concreto, donde la gente come, duerme, y mira tele entre otras cosas; por más que vos digas lo que digas.

VALERIA.— Cuando estés por morirte te vas a dar cuenta de que no es así.

HORACIO.— Vos estás completamente...

VALERIA.— Completamente todo. Sí. ¿Recién te diste cuenta? ¿Y vos? ¿Qué creías? ¿Que te ibas a dedicar a esto toda tu vida y que un día te ibas a convertir en una persona normal al que le pasan cosas normales, que se casa, que forma una familia, que lleva a los chicos al colegio, que...?

HORACIO.— ¡Soy una persona normal!

VALERIA.— ¿Pero no ves que no? Ninguno de nosotros es una persona normal. El pobre Tito, que trató toda su vida ser una persona normal, es más raro que un perro verde.

Silencio.

VALERIA.— Además siempre lo supiste. Pero no tuviste los huevos de preguntármelo.

HORACIO.— ¿Me lo hubieras dicho?

VALERIA.— Andá a saber.

HORACIO.— Tito... ¿vos...?

TITO.— ¿Qué?

HORACIO.— ¿Sabías?

VALERIA.— Con Tito voy a hablar yo. Después.

PERCY de pronto se da cuenta.

PERCY.— Y yo... Claro. Soy la mascota. Soy Lárus... convertido en la mascota de Amalia.

Mira a VALERIA con tristeza. Luego mira a LILI con el mismo sentimiento. Todos se quedan pensando.

VALERIA.— ¿Y cómo creían que era todo? No fui yo quien creó El Inmortal. Fueron ustedes. Siempre. Están todos acá. *(Se señala la cabeza.)* La realidad es tan indiferente a nuestra existencia. En cambio la imaginación es... es radioactiva. Ustedes son El Inmortal y yo soy ustedes. Yo soy la mascota, Percy. Yo soy la insaciable *(mira a LILI)*,

yo soy la intransigente (*mira a JUDITH*), yo soy el amante contrariado (*mira a HORACIO*). No me interesa el mundo. No me interesa el mundo que hay ahí afuera. Y todos somos un barco de papel como Jano. La vida es más fuerte que nosotros. El Inmortal siempre estuvo... acá. Yo no inventé nada.

Se pone a acomodar cosas en el escritorio en medio del silencio de todos.

VALERIA.— Ahora preparemos todo. Ya deberían estar llegando. Los periodistas. Ey, ¿qué les pasa? Accionemos, por favor. (*A TITO.*) Y sí. Vamos a cambiar el final. Amalia también va a ser eterna. Pero no se lo vamos a decir a nadie. Lo único que hoy voy a decir es que Marcelo Miró nunca existió. (*Se ríe de pronto.*) Ah, mirá vos: no existir. Esa debe ser la verdadera fórmula de la inmortalidad.

Oscuro.

2

Esa noche. Todos mirando la emisión del primer capítulo de la segunda temporada de El Inmortal que se proyecta sobre la cuarta pared. Oímos la sublime música del final y las últimas líneas de diálogo. La luz es tenue. Sobre todos los rostros las luces coloridas e intermitentes de la proyección.

VOZ JULIA.— Por supuesto. Claro.

Voz JANÓ.— ¿Eh?

VOZ JULIA.— Me acabo de acordar.

Voz JANÓ.— ¿De qué?

VOZ JULIA.— Lo que soñé hace un momento. Ella lo ama. Sabe que ese amor es imposible, que nunca van a poder estar juntos. Pero no termina de resignarse. Ella... Ah, sí.. La vi salir de su casa... vi... Ya sé... Ay. Ya sé dónde vive. Ya sé dónde vive. Ahora voy a poder encontrar su casa. Ahora... (*Breve silencio.*) ¿Me podrías amar? (*Silencio.*) A una mujer como yo. ¿Podrías amar, Jano, a una mujer como yo?

Voz JANÓ.— Yo... Yo soy el jardinero, Julia.

La música sube. Todos están moqueando. Se oye, violenta, la voz de un locutor.

VOZ LOCUTOR.- Vení a Garbarino y
llevate todo con los nuevos planes de beneficio al cliente hasta en veinticuatro cuotas sin interés.

VALERIA.- ¿Tienen que romper el clima de ese modo?

Música publicitaria.

Percy enciende la luz.

VOZ LOCUTOR 2.- Sumate a los beneficios de Santander Río. Atención personalizada. Más sucursales. Créditos a sola firma. Santander Río, cada día más, tu banco.

HORACIO.- Ahora pasan las escenas del capítulo de mañana. ¿Alguien las quiere ver?

VALERIA.- Apagá, apagá.

Música publicitaria.

LILI, PERCY, HORACIO y JUDITH miran sus teléfonos.

LILI apaga la tele.

HORACIO.- (*Mirando su teléfono.*) Medimos genial. Picos de veintinueve.

PERCY.- (*Mirando su teléfono.*) Las redes arden.

LILI.- (*Mirando su teléfono.*) Aman a Sacha.

JUDITH.- (*Mirando su teléfono.*) Somos trending topic.

Todos reciben llamadas y hablan al mismo tiempo. Menos VALERIA y TITO.

LILI.- Están todos yendo a una fiesta en La Aljaba. ¿Vamos?

HORACIO.- ¿Una fiesta? Paso.

JUDITH.- A mí no me avisaron nada. Siempre lo mismo con est. (*Pero se interrumpe por algo que ve en su teléfono.*) Ay, sí, me acaba de llegar. (*A*

PERCY y LILI.) ¿Están con auto ustedes?

LILI.- Sí, vamos yendo. ¿No querés venir, Valeria?

VALERIA.- ¿Eh?

LILI.- Dale, vení con nosotros.

VALERIA.— (*Irónica.*) Sí, claro, ya me pongo unas calzas y voy.

Todos ríen.

LILI.— (*Insistiendo.*) Dale.

VALERIA.— Diviértanse.

JUDITH.—¿Tito?

TITO.— Después veo.

LILI y JUDITH empiezan a salir.

PERCY.— Vayan yendo. Ya las alcanzo.

JUDITH.— Chau, Vale. Y... perdón. Yo te admiro. Te admiro mucho. Yo...

VALERIA.— Andá. Otro día venís y nos terminamos de pelear como Dios manda.

JUDITH.— Adiós, Horacio.

JUDITH y LILI salen.

PERCY.— Vale. Eso que... Bueno... que perdón por la manera en que te traté.

VALERIA.— No sé de qué hablás.

PERCY.— De lo que... Hoy a la mañana que discutimos. Yo no...

VALERIA.— No tengo la menor idea de qué hablás.

PERCY comprende. VALERIA le hace un gesto de que se acerque. PERCY lo hace. VALERIA lo abraza.

PERCY.— Chau, Horacio. Bueno, si te dan ganas date una vuelta. Supongo que vamos a estar hasta tarde.

HORACIO.— Dale.

PERCY.— ¿Venís Tito?

VALERIA.— (*A Tito.*) Andá, divertite. Tranquilo. Yo voy a estar bien. Ahora vas a poder decir: «mi mamá es Marcelo Miró». Con eso vas a conseguir chicas seguro.

TITO.— Dale, voy. Igual no creo que me quede mucho. Chau Horacio.

HORACIO.— Chau, Tito.

TITO sale con PERCY. HORACIO y VALERIA se quedan en silencio un momento.

HORACIO.— Bueno, me voy entonces. Nos vemos.

VALERIA.— ¿Cuándo?

HORACIO.— ¿Eh?

VALERIA.— Que cuándo nos vemos.

HORACIO.— No sé. En estos días.

VALERIA.— Ojo que ahora que «lo dije todo» debe estar por llegar.

HORACIO.— Te llamo. Mañana.

Se asoma TITO.

TITO.— Mamá. Hay alguien en la puerta.

VALERIA.— ¿Cómo alguien?

TITO.— Sí, dice que te quiere ver.

VALERIA.— ¿Quién es?

TITO.— Una mujer.

LILI.— (*Desde afuera.*) ¡Tito!

TITO.— ¡Voy!

VALERIA.— Eh... ¿Te fijás Horacio por favor quién es y le explicás que no recibo a nadie yo?

HORACIO sale. TITO lo sigue. VALERIA se queda sola. Suspira. Tras un momento entra JULIA. Está embarazada de ocho meses y medio. Trae un pequeño ramo de flores. VALERIA no la ve entrar.

JULIA.— Hola.

VALERIA se vuelve.

VALERIA.— Hola.

Se la queda mirando un momento.

VALERIA.— Vos sos...

JULIA.— Julia. La esp. La ex esposa de Percy. No me termino de acostumar a.

VALERIA.— Percy acaba de salir. Iban a una...

JULIA.— Sí, lo vi. Estaban ahí afuera. Pero yo vine a verte a vos. ¿El que me atendió recién es tu hijo?

VALERIA.— Sí.

JULIA.— Qué hermoso.

VALERIA.— Ah. No sé si se dice en estos casos, pero gracias.

JULIA.— (*Por las flores.*) Eh... Ah, te traje estas. Son de mi casa. Camelias.

(*VALERIA toma el ramo y lo huele.*) Son lindas, pero no tienen perfume.

VALERIA.— Nunca nos habían presentado.

JULIA.— No. Tanto tiempo y nunca nos conocimos. Pero oímos hablar mucho una de la otra ¿no es cierto?

VALERIA.— Sí, eso es verdad.

JULIA.— Y le pusiste mi nombre a la protagonista de El Inmortal.

VALERIA.— Es un lindo nombre.

JULIA.— ¿Estuvo bien? El capítulo digo.

VALERIA.— Ah, sí. Estuvo bien. Eso dicen.

JULIA.— Me alegro. Yo no veo tele.

VALERIA.— Ah. (*Por la panza de JULIA.*) Ya falta poco.

JULIA.— Sí. Ya falta poco.

Silencio.

JULIA.— Lo que sí vi fue la conferencia de prensa esta mañana.

VALERIA.—¿Ah, sí?

JULIA.— (*Señala el sillón.*) Estabas ahí...

VALERIA.— Sí. Estaban muy inquietos con mi pañuelo. (*Señala el que tiene puesto.*) Tengo una linda colección.

JULIA.— Ahora la gente va a pensar en vos cuando vea El Inmortal.

VALERIA.— No, la gente no va a pensar en nada.

JULIA.— Quién sabe.

Silencio.

VALERIA.— ¿Y por qué...?

JULIA.— ¿Por qué vine?

VALERIA.— Ajá.

JULIA.— Te va a sonar raro, pero desde hace ya varios días que vengo soñando con vos.

VALERIA.— ¿Conmigo?

JULIA.— Y esta mañana te vi ahí, contestando a tantas preguntas, y pensé
«me gustaría visitarla».

VALERIA.— Suena raro, es verdad.

JULIA.— Sí, te dije.

Silencio.

VALERIA.— ¿Y qué querés?

JULIA.— No sé. Conversar supongo.

Silencio.

VALERIA.— ¿Y de qué... te gustaría conversar?

Silencio.

JULIA.— (*Sonríe.*) ¿De la vida?

Silencio.

JULIA.— Bah, si querés.

VALERIA *la mira. Luego desvía la mirada. Mira las flores. Mira su estudio. Vuelve a mirar a JULIA. Deberíamos intuir qué es lo que está pensando.*

La luz baja.

Oscuro.

Fin.

*Javier Daulte
Buenos Aires, 26 de octubre de 2017
Agosto 2018*

